

BPH

Año V

Núm. 4

Ateneea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

008 (83) (05)



SUMARIO: María Baeza: *Tarde de invierno* □

Julio Heise González: *El símbolo primario en la concepción cultural splengeriana* □ Domingo Melfi: *Solveig: El regreso* □

González Vera: *Pablo Schostahovsky* □

Juan de Armaza: *Leysin* □ Juliana Hermil: *Meditaciones breves* □

Hombres, ideas y libros: Mariano Latorre: *J. O. Curwood* □

Marcelle Auclair: *Marie Le Franc v su libro* □

L. E. Délano: *Los tres aspectos de J. A. Rimbaud* □

D. de la Vega: *Rincones de Santiago* □ A. A.: *El maravilloso viaje de Nils Holgerson* □

Carlos George N.: *El libro chileno* □

Manuel Rojas: *La agonía antillana* □

EX-LIBRIS □ GLOSARIO

DE REVISTAS □ □ □ □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00 ~ Junio 30 de 1928

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

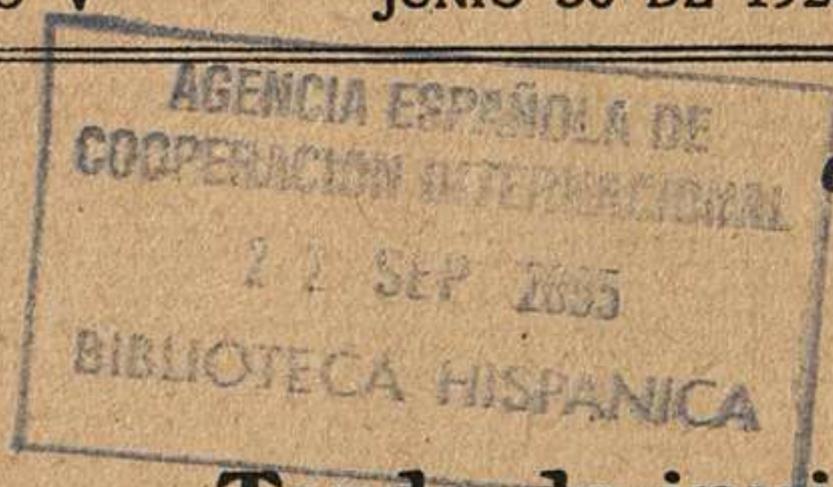
COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago
Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO V

JUNIO 30 DE 1928

NÚM. 4



008 (83) (05)
María Baeza

Tarde de invierno



AN mis pies livianos
por el rumor de las calles,
van cantando la canción del alma dichosa
mis miradas aletean alegres

y saltan a las ramas lavadas de los árboles
y saltan a las flores mojadas
y a los charcos azules y danzan
en las primeras luces que se prenden
bailan la danza del alma dichosa.

Viento duro de invierno resbala por mi rostro
levanta los papeles y las hojas de las calles
y danzan. Danzan los vestidos
de las mujeres presurosas.

En el cruce de las calles está la margarita

blanca de tu sonrisa blanca.

¡Siguen mis pies cantando más alto!

Ya el viento levanta todo: danzan las casas chatas,

los tranvías, los postes, los jardines,

y hay dos sonrisas que danza y cantan

con el viento duro la canción del alma dichosa!

Julio Heise González

El símbolo primario en la concepción cultural spengleriana

 una generación como la nuestra, que ha vivido acontecimientos tan trascendentales, se impone, con especial violencia, el viejo problema de si existe en la sucesión de los hechos históricos una necesidad independiente del pensamiento y de la voluntad humana, esto es, si existe en la Historia un destino invariable.

Entre los muchos esfuerzos que se han hecho en estos últimos años para resolver este problema, es tal vez el de Osvaldo Spengler el más interesante. En efecto, tiempo hacía que no se publicaba una obra que haya despertado un interés y que haya tenido una resonancia comparable a la del filósofo alemán Osvaldo Spengler, intitulada «La Decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal», que apareció en München de 1920 a 1922. El número de folletos, críticas y estudios, publicados en diarios y revistas comentando esta obra es enorme y seguirá aumentando, porque las ideas contenidas en la «Decadencia de Occidente», dicen relación con todas las ramas del saber humano. Spengler se revela en su obra como un gran matemático, como un gran crítico de todas las artes como un gran sociólogo y, sobre todo, como un gran historiador.

La cultura spengleriana

El concepto cultural spengleriano es ya bastante conocido. La cultura, para Spengler, es la realidad histórica por excelencia; el verdadero objeto de la Historia Universal; su esencia. La cultura es, en los estudios históricos, la realidad última, que explica la Historia por la Historia, sin recurrir a otras ciencias como se hacía hasta aquí. (Sabemos que Taine y Ratzel derivan la Historia de la Geografía; Chamberlain, de la Antropología; Marx, de la Economía, etc.)

Los hechos históricos son, según esto, manifestaciones, testimonios, indicios de la existencia de esa realidad última y netamente histórica, que es la cultura. La cultura es como el protagonista de todos los sucesos acaecidos durante su vida.

Para Spengler, la cultura en sí misma es un ser espiritual y vivo, que, como tal, tiene un nacimiento y una muerte, se desenvuelve, produce. «Las culturas, dice Spengler, son organismos; la Historia Universal es su biografía. La gran historia de la cultura China, o de la cultura Antigua es morfológicamente el correlato exacto de la pequeña historia de un individuo, de un animal, de un árbol, de una flor». De modo que una cultura es un organismo, sujeto—como un animal o como una planta—a la ley fisiológica en virtud de la cual todo organismo, después de agotadas sus fuerzas vitales, muere.

El Símbolo primario

Este organismo metafísico, esta «síntesis viviente», está animada por un alma con vida propia y limitada. La vida de cada cultura tiene su orientación, su poder creador y sus tendencias propias y determinadas. Cada cultura tiene posibilidades y aptitudes especiales de expresión y de creación, y así resulta cada cultura con una religión propia, con una metafísica, con artes y aún con ciencias propias. De modo que no hay una ciencia, no hay una matemática, porque no existe el número en sí. Hay

varios mundos numéricos profundamente diversos, según el concepto que de él tenga cada uno de esos organismos superiores, que son las culturas.

Estas distintas maneras de concebir el mundo, de concebir la naturaleza—porque la naturaleza es, para Spengler, una función de la cultura correspondiente;—nacen del modo como cada cultura siente la extensión. Este modo especial de sentir la extensión es lo que Spengler llama *símbolo primario* de una cultura. Este concepto es importantísimo para comprender la filosofía cultural de Osvaldo Spengler. Los críticos y comentadores de este filósofo no le han dado al concepto del símbolo primario la importancia que en realidad tiene dentro del pensamiento spengleriano. A nuestro juicio, este concepto del símbolo primario es fundamental; es la esencia de toda la filosofía de «La Decadencia de Occidente», como que sobre él descansa la hipótesis metafísica de las almas culturales, centro de toda la filosofía cultural spengleriana.

El símbolo primario es el «character indelebilis» de toda cultura, de donde derivan todas las diferencias que existen entre las diversas culturas y todas las semejanzas que acusan los productos de una misma cultura.

El símbolo primario, es decir, el modo especial que tiene cada cultura de sentir la extensión, da a cada una de ellas una fisonomía propia, que la distingue de las demás y que está latente e influye en todas las manifestaciones de la cultura: en la filosofía, en la moral, en el arte, en la religión y aún en los conceptos fundamentales de toda ciencia.

La cultura Apolínea y la cultura Fáustica

El símbolo primario de la cultura greco-romana, o «apolínea», es el cuerpo singular presente y sensible. El de nuestra cultura occidental, o «fáustica», es el espacio puro, el infinito, lo ilimitado. De esto resulta que los caracteres propios del símbolo primario antiguo, o sea del modo como el heleno comprendía la extensión, son la materia, el límite, lo sensible, el cuerpo.

el presente y no el espacio puro, la lejanía, el infinito, que son caracteres propios del símbolo primario de la cultura occidental europea. En otras palabras, esto significa que la Antigüedad clásica no comprendía, ni sentía la extensión como espacio puro, como infinito, es decir, como nosotros la comprendemos; sino que la sentía como materia, como cuerpo sensible, como presente. Y son estos caracteres los que descubre Spengler, después de un atento examen, en el fondo de toda producción científica, filosófica, religiosa y artística del mundo helénico-romano.

En efecto, el problema primario o fundamental de la realidad para el hombre antiguo, es el origen material de las cosas sensibles, en cambio, para el hombre fáustico, es el problema del espacio, el problema del infinito. El antiguo heleno concebía el Universo como una gran esfera celeste y cerrada, como un cuerpo, en cuyo interior se encontraba la tierra y en el exterior, la nada. La Astronomía de nuestra cultura estudia al Universo, como espacio infinito. La Física antigua o aristotélica, es física estática; la newtoniana, en cambio, es dinámica.

Las Matemáticas

El número antiguo es una magnitud, es algo sensible, es un cuerpo; el número fáustico, el número de Descartes, en cambio, es una función. De ahí que el griego no comprendiera, ni llegara a concebir, los números negativos, el cero como número, los números irracionales, los números imaginarios, o las fracciones infinitesimales, todo lo cual es tan natural para el matemático de nuestra cultura.

En «La Decadencia del Occidente» podemos ver la profunda diferencia que existe entre el número antiguo y el número nuestro, entre la geometría euclidiana y la cartesiana; lo mismo las diferencias que existen entre estos dos mundos numéricos y el mundo numérico de los hindúes, para quienes los números no tienen valor, ni magnitud, ni propiedades de relación, sino que

según la posición que ocupe el número se cambia en una unidad más o menos grande o pequeña.

De ahí que Spengler considere a las Matemáticas como un arte con su estilo y con sus períodos. «No es la matemática (dice Spengler) como el lego cree—y también el filósofo en tanto que juzga como el lego,—de inmutable sustancia, sino que está sometida, como todo arte, a cambios imperceptibles de época en época; la matemática es una ilusión. Un pensamiento matemático y en general científico, es exacto, convincente, necesario lógicamente, cuando corresponde perfectamente al propio sentimiento de la vida.

La Religión

En las religiones de ambas culturas, está también latente el símbolo primario. El hombre antiguo, para quien la extensión implica cuerpos singulares presentes y sensibles, creó el politeísmo, con sus dioses corporales, múltiples y presentes en la tierra: en el Olimpo.

En cambio, la extensión concebida por el hombre fáustico u occidental como espacio único e infinito, exige un solo Dios, que es el del Cristianismo.

El paganismo helénico es un «politeísmo estático». El griego y el romano piden a los corporales y múltiples dioses del paganismo favores concretos y limitados: dones materiales; en cambio el hombre fáustico pide a su Dios único y completamente inmaterial una felicidad, una fuerza, una orientación, un poder, un futuro, todo indeterminado y sin límites. Por eso es la doctrina de la gracia, a juicio de Spengler, el símbolo más elocuente del alma fáustica o sea del alma de nuestra cultura.

«Atenea y Apolo, dice Spengler, pueden representarse por una estatua, pero la divinidad de la Reforma y de la Contra-reforma no pueden manifestarse sino en la tormenta de una fuga para órgano o en la solemne ejecución de una cantata o de una misa».

El arte

En las producciones artísticas es, tal vez, donde con mayor claridad podemos observar la influencia que el símbolo primario ejerce sobre el alma cultural y que hace vivir a cada cultura de manera diferente.

La escultura es el arte antiguo por excelencia; en cambio la música es el arte occidental por excelencia. Y esto porque, en la escultura y particularmente en el desnudo, es donde mejor se realiza ese tipo ideal de la extensión que eligió el alma antigua y cuyos caracteres, como hemos dicho, son el cuerpo singular presente y sensible.

En la música, en cambio, es donde encuentra una más completa satisfacción esa pasión por el infinito, por las lejanías, propia del símbolo primario del hombre fáustico. Sin embargo, no sólo en estas artes descubrimos los rasgos característicos y propios de ambas culturas, rasgos que derivan del símbolo primario respectivo.

La arquitectura y la pintura

En la arquitectura, el perípteros dórico está «rodeado por columnas que apresan el cuerpo del edificio como una garra». Es el perípteros un edificio pequeño, casi sin interior, rodeado de columnas y que puede abarcarse de una sola mirada y que, por lo tanto evoca lo corpóreo, lo sensible, lo presente. «Las obras de arte antiguo, dice Spengler, nos producen siempre el efecto de un ligamen, de una limitación, que afirma el sentimiento corpóreo y constriñe la vista a permanecer en la proximidad llena de quietud y belleza».

Los enormes espacios interiores que encierran, en cambio, las catedrales góticas, tienen, para Spengler, una alta significación. Lo mismo la arquitectura de las ventanas y el arte de las vidrieras, que no existe en la Antigüedad y que es una de las características del estilo gótico.

•Esas gigantescas vidrieras de las catedrales góticas, con su

pintura translúcida, completamente inmaterial; vemos aquí los colores cernerse en el espacio, como los sonidos del órgano, sin estar adheridos a ninguna superficie y las figuras flotan libremente en el infinito.

Contrapone Spengler esta pintura de vidrieras a la pintura mural y de las vasos griegos, pintura corpórea, adherida a una superficie también corpórea.

La perspectiva, que significa lejanía y espacio y que es tan natural y evidente en nuestra pintura al óleo, constituye, sin embargo, una excepción, es un caso único, que no vemos en ninguna otra cultura. Ni la pintura china, tan rica en paisajes, ni la egipcia, ni la árabe, ni la greco-romana la emplean. El artista griego evitaba la perspectiva, representando figuras y grupos aislados, como se observa en los frescos de Polignoto, en el vestíbulo de Delfos. Los paisajes, los amplios horizontes de los panoramas, las nubes, los crepúsculos, las lejanías, todo esto falta en los frescos de la Antigüedad; en cambio, es el tema exclusivo de nuestra pintura al óleo.

Hasta en los colores que usa el artista se manifiesta el símbolo primario de una cultura. El amarillo, el rojo, el negro y el blanco, son los únicos colores que usaban los artistas antiguos. Esta circunstancia se ha intentado explicar por medio de diversas hipótesis. La más conocida, es la de Nietzsche, que atribuía a los griegos ceguera para los demás colores. Spengler explica esta circunstancia como nacida de una necesidad interior, como una propiedad íntima del alma apolínea, nacida de su símbolo primario, que rechaza todo color que—como el azul o el verde-azulado—dan ideas de lejanías, de espacio, de infinito, de crepúsculos, de futuro.

El amarillo, el rojo, el negro, y el blanco, colores que predominan en los frescos de la Antigüedad, son colores de la materia, de la proximidad, de lo presente, «de las fiestas populares, de los mercados, de la multitud». De ahí que el artista griego, que se sentía como un cuerpo entre cuerpos y para quien todo es presente, es materia, es cuerpo sensible, los usara

en sus frescos; rechazando el azul y el verde-azulado, colores propios de la pintura fáustica de perspectiva.

Los fondos verde-azulados en matices de blanco, gris, pardo, etc., el «sfumato» de Leonardo y, con posterioridad al Renacimiento, el pardo de taller, son colores de la soledad, del espacio. Son colores espirituales, que niegan el límite, lo corpóreo; son colores irreales, particularmente el pardo, que es «el único color fundamental que no se da en el arco iris». Son estos colores los que producen los efectos de luz y sombra, de sugerencia y de movimiento en el barroco. Son estos los colores «musicales». Para describir una pintura de Rembrandt o de Wateau hay que emplear expresiones musicales. «Al allegro feroce de Franz Hals, dice Spengler, puede oponerse el andante con moto de Van Dick; a las tonalidades en bemol de Guercino, los sostenidos de Velázquez. Las pinceladas sueltas que por primera vez aparecen en las obras de la vejez del Ticiano, como un lenguaje de formas perfectamente nuevo, son los acentos de un temperamento personal, acentos tan característicos como los colores orquestales de Monteverdi; un flujo y reflujo melódico, comparable al de los madrigales venecianos de la misma época, unas rayas y manchas que se suceden sin transición, se cruzan, se tapan, se confunden, dando al elemento cromático una movilidad infinita».

En la literatura, la concepción antigua del destino trágico nos muestra también cómo el hombre apolíneo—debido a su símbolo primario—vivía confinado en el presente. El héroe de la tragedia griega permanece el mismo hasta el fin de la obra; mientras que en la tragedia shakespereana—en Hamlet, por ejemplo,—lo que nos interesa son, ante todo, los conflictos interiores, el destino del héroe, sus caracteres, sus actos, sus cambios, su personalidad. De ahí también la aversión griega a los retratos pintados y esculpidos.

La Moral

También la moral de ambas culturas se basa en el símbolo primario, que imprime a cada una de ellas un carácter peculiar.

La moral de nuestra cultura occidental se distingue de las demás por su carácter activo, que corresponde al sentimiento fáustico de la vida, lleno de pasión por el infinito, por las lejanías, por el espacio, sentimiento que se contrapone al del alma greco-romana, cuya ética tiene un carácter absolutamente pasivo.

Actividad, resolución, victoria, dominio de obstáculos, son características del alma occidental.

«El *carpe diem* (gozar del hoy), característico del alma apolínea, dice Spengler, es la contradicción más completa a lo único que consideraban importante tanto Kant, como Pascal y Goethe; tanto la Iglesia, como los libre-pensadores. Para un epicúreo era indiferente lo que pensaban y hacían los demás, no malgastaba ningún pensamiento en transformar a la Humanidad. El y sus amigos estaban contentos de ser lo que eran y no de otra manera».

El ideal ético de vida en el antiguo era la carencia de interés por el mundo; mientras que el dominio de la marcha de éste forma el índice completo de la vida del hombre fáustico.

El imperialismo, como forma social y moral, es fáustico. Este sentimiento fáustico de la vida se encuentra cristalizado en las concepciones que del mundo tuvieron Nietzsche y Schopenhauer. Ellos concebían el mundo como voluntad, es decir, como movimiento, como fuerza. Y es sin duda en estas concepciones donde está contenida toda la ética occidental.

La filosofía de Nietzsche y Schopenhauer—que puede resumirse en el deseo del poder—es intolerante. Todo lo fáustico quiere dominar solo; mientras que para el sentimiento apolíneo de la vida, la tolerancia es algo natural.

Podría decirse que para el hombre de la cultura greco-romana, el mundo era un conjunto de unidades una al lado de la otra; mientras que para el alma fáustica es un espacio que hay que dominar. Todo movimiento, en la cultura occidental, quiere vencer. Toda posición en la Antigüedad desea sólo estar y se preocupa poco de lo demás. El sentido de la ética antigua no es actividad, sino que es más bien una actitud, una po-

sición, sin pasiones, sin necesidades; «es un heroísmo pasivo». Esto lo muestra particularmente la ética estoica.

La moral de Jesús también es pasiva y fué transformada en activa en los comienzos de la cultura fáustica, en el gótico, de modo que el Cristianismo no ha transformado al hombre occidental, sino más bien éste ha transformado al Cristianismo, que pertenece a otra cultura: la árabe o mágica.

La Política

En la política también penetra el símbolo primario de una cultura, lo mismo que lo hemos visto penetrar en los dominios del arte, de las ciencias y de la religión.

Entre los grandes políticos y guerreros de la Antigüedad clásica, con su sentimiento pasivo de la vida, no encontramos nada que iguale, en ambición política, a los proyectos de los Hohenstaufen, de los Habsburgos, de Napoleón, de Gregorio VII, o de Inocencio III, para establecer la Monarquía Universal.

Las conquistas que realizaron los romanos en tiempos del Imperio son, para Spengler, «un fenómeno negativo». No se efectuaron por ambición política, sino para seguridad del Imperio, amenazado por los bárbaros. Y la expedición de Alejandro es «una excepción romántica, que confirma la regla, sobre todo, si se piensa en la íntima resistencia de sus acompañantes».

La polis, forma de Estado más pequeña que se conoce, es otra expresión, otro símbolo del alma apolínea. La política que realiza la polis es una política de la proximidad, que contrasta con la diplomacia moderna, que es una política de lo ilimitado.

El descubrimiento de América y el consiguiente dominio de la superficie terrestre por el hombre occidental, el tráfico a gran velocidad, el dominio del aire, las expediciones polares, la telegrafía, la radio, etc., son otras tantas manifestaciones de esa pasión por el infinito, por las lejanías, por el espacio ilimitado, propia del alma cultural del Occidente y que nace de su símbolo primario.

Examinando las producciones de todo género de una cultura

—ya sean éstas artísticas, políticas, científicas o religiosas,—ha llegado Spengler a comprobar que todas ellas tienen un mismo carácter, que deriva del símbolo primario, esto es, de la manera especial que tiene cada cultura de concebir la extensión.

Hemos podido observar cómo el alma fáustica ha impreso en todas sus realidades el sentimiento de la soledad, la pasión por el infinito, por las lejanías; y cómo el alma antigua, por el contrario, ha impreso en todas sus realidades la necesidad de la cercanía, de lo presente, de lo limitado, de la materia sensible. El símbolo primario tiñe así todas las manifestaciones de una cultura con un mismo matiz.

Como consecuencia de esto ha descubierto Spengler relaciones profundas, que nunca habían sido sospechadas hasta ahora, entre las manifestaciones más opuestas de una misma cultura.

Así nos hace ver en su obra las profundas relaciones que existen, por ejemplo, entre el principio dinástico de Luis XIV y el cálculo diferencial; entre la perspectiva de la pintura al óleo y el dominio del espacio con ferrocarriles, aviones, teléfonos y radio; entre la música contrapuntística de Wagner y los modernos sistemas de crédito en nuestra cultura. Y en la Antigüedad las relaciones entre la polis y la geometría euclidiana, por ejemplo.

De tal manera que, en el fondo, todas las manifestaciones de una cultura llevan impresos los rasgos del símbolo primario respectivo.

El sentido ahistórico de los helenos

Tal vez una de las consecuencias más interesantes que ha deducido Spengler de su hipótesis de las almas culturales, según la cual cada cultura tiene un sentimiento propio y único de la vida, nacido de su símbolo primario, es el carácter ahistórico que atribuye a la cultura helénico-romana.

Para el heleno la Historia es sólo la descripción del presente y el pasado lo transforma en un conjunto de leyendas de carácter mítico.

Spengler estudia numerosas manifestaciones que demostrarían el carácter ahistórico del hombre antiguo.

La cronología, uno de los fundamentos de la Historia, no existe para el hombre apolíneo. Las olimpiadas constituyen un mero recurso literario, que nada tiene que ver con la cronología.

Los maestros de la Historia en la Antigüedad: Tucídides, Polibio y Tácito—Spengler no nombra a Heródoto, que nos probaría lo contrario—se limitan a la descripción de los acontecimientos políticos acaecidos durante su vida, o poco antes; en cambio los más grandes historiadores de nuestra cultura sólo estudian el pasado.

«El sentido ahistórico de Tucídides (dice Spengler), según el criterio de nuestra investigación histórica toda llena de amplias perspectivas, se revela en la afirmación inaudita, estampada en la primera página de su libro de que antes de su época—hacia 400—no han ocurrido en el mundo acontecimientos de importancia».

Los historiadores romanos son, para Spengler, retóricos incorregibles, que buscan en los hechos del pasado material para un discurso en que podían hacer brillar su elocuencia de abogados. Tácito y Salustio revelan en sus alegatos y defensas un extraordinario desprecio por la Historia, tal como nosotros la concebimos, lo que llevó a Mommsen a exclamar que «son gentes que dicen lo que debían callar y callan lo que debían decir».

También en las ciudades y en las costumbres griegas puede observarse este sentido ahistórico. En ellas no existe nada que nos haga recordar el pasado o que nos haga pensar en el futuro. Los edificios, que en la época miceniana eran de piedra, se construyen en la época dórica—esto es en los comienzos de la cultura apolínea—de madera y barro, a pesar de la gran abundancia de material pétreo. Faltan por completo en Grecia los grandes monumentos y las obras gigantescas, como las pirámides de los egipcios, pueblo dotado—según nuestro filósofo—de un excelente sentido histórico que se manifiesta en las gigantescas pirámides, en la elección del granito y del basalto

para material plástico, en la cronología, en los sistemas de regadío y sobre todo en la momia, con la cual pretendía el egipcio eternizar el cuerpo del muerto. En la cultura helénico-romana faltan los templos sepulcros, no existen pirámides, no se conoce la momia.

El heleno practica la cremación de los cadáveres, símbolo totalmente opuesto a la momificación, que no nos da, como ésta, idea del tiempo, del futuro, de algo que ha existido y seguirá existiendo; sino por el contrario representa un acto de exterminación, de anonadamiento completo del muerto.

El principio genealógico peculiar de nuestra cultura sería otra expresión de nuestro sentido histórico. Las nociones de pureza de sangre y de boda desigual, que sólo encontramos en la nobleza de la cultura occidental, serían «voluntad fáustica por el infinito».

Por el contrario, la nobleza antigua se halla por completo en la situación presente del género agnado y descansa sobre una base mítica. «De ahí la inexplicable candidez, dice Spengler, con que el romano colocaba inmediatamente después de su abuelo a Teseo o Heráclito y construía así un fantástico árbol genealógico».

Muchas otras pruebas tendientes a demostrar el carácter ahistórico del heleno encontramos en «La decadencia de Occidente».

Es éste uno de los aspectos de la doctrina spengleriana que han sido más atacados. Se acusa a Spengler de violentar el material histórico para hacerlo encuadrar en su doctrina. El historiador alemán Schulz, especialista en Antigüedad clásica, ha publicado recientemente una extensa obra refutando la doctrina spengleriana del sentido ahistórico de la cultura greco-romana.

Domingo Melfi

Solveig: El regreso

(Del libro inédito "Solveig")

Los capítulos que siguen pertenecen a la tercera parte del libro inédito *Solveig*, comentarios ideológicos escritos al margen del *Peer-Gint* de Ibsen, y cuya publicación se hará próximamente. *Solveig* es la creación femenina más delicada de Ibsen, y su figura diáfana e ideal, llena el tormentoso poema con una lumbrera serena, tibia e inextinguible. Este libro será, sin duda, un libro anacrónico, porque el tipo de mujer que sirve de tema a los comentarios, difícilmente puede encontrarse hoy, y su amor, una cosa extraña e inverosímil, para el materialismo presente. *Solveig* es la fuerza del amor y de la fe, superior a todos los dolores, más fuerte que la muerte, más fuerte que el abandono—prueba quizá suprema para la mujer—y que se alimenta de sí mismo y espera y palpita por el hombre egoísta que la dejó sola y desamparada.

OTOÑO

LA fría tristeza del otoño envolvía, al regreso, la soledad de los viejos caminos. El paisaje no tuvo para él el gesto de piedad y de acogimiento que parece brotar de la inerte impasibilidad de los rincones que decoraron la adolescencia. La emoción temblaba, tan solo, junto a la cabaña olvidada, en el extraño silencio de los horizontes poblados de niebla; en la errante in-

quietud de los senderos brumosos de su corazón... Un viento, áspero y desolado, lloraba en las hojas desprendidas de los árboles y estremecía en el confín la vaga tristeza de los bosques. El rumor de las hojas muertas que el viento enloquecía por delante de sus pies, remedaba un acento infantil y lejano... ¿Quién era él?... Un brillo fugaz de lágrimas osciló en los ojos del cansado viajero. El paisaje parecía copiar toda la cruel melancolía de su vida y erguía a su paso hostil amargura... ¿Había mudado tal vez la tierra natal?... ¿El alma, quizás, de ese rincón que él abandonara, de mozo, robusto y conquistador?... El viento gemía angustiosamente en las ramas desnudas de los árboles.

Y a su encuentro venían, por la fosca soledad del camino, los duros pensamientos, las agrias tristezas, las ásperas melancolías, la horrible lividez del remordimiento y la visión enfosquecida de su existencia deshecha, inútil, que parecía atisbarle en cada árbol, en cada eminencia del terreno, en la fría e irónica inmovilidad del cielo. La vida burlada aullaba su protesta implacable, sorda y salvaje, y la tierra entera se erguía, como una loba ardiente; cerraba el andar de sus pasos vacilantes y medrosos e intentaba agostar el germen de toda clara esperanza...

—¿Y eres tú, Peer Gint?... —murmuraban las voces oscuras del otoño...

EL BOSQUE ABANDONADO

El escuchaba, entre tanto, hacia el límite de los horizontes, esas voces largas e insistentes, que se burlan de la fugacidad de la vida; oía el grito unánime de los bosques, renovados en cada primavera, eternos e incorruptibles, frente a su deleznable cáscara humana, frágil y pasajera, y no obstante, tan dura y tan implacable... Al menos, en el corazón esquivo de las selvas, una fuente renovaba siempre su dulce frescura y en el silencio, húmedo y sombrío, las aves se perseguían, palpitantes de amor y colgaban sus nidos en las cimas más altas y más puras... El bosque devolvía su amor, su cordial simpatía a las aves apa-

sionadas; las abrigaba en su seno, las nutría con sus hojas, las envolvía en su fresca sombra, las preservaba de las llamaradas del sol, en los días secos del estío... Y las aves ilusionaban al viejo bosque, lo transformaban en una armonía viviente, lo penetraban de dulces sonos, lo cruzaban con la red movable de sus vuelos alegres, desde el alba a la tarde... Y el bosque y las aves eran felices, con una felicidad pura y permanente...

Pero un día había partido, fiero y brutal, de ese otro bosque al cual regresaba, al modo de las aves zahareñas en un vuelo sin fin, hacia las tierras que no conocía. Había deshecho el encanto de la selva; había abandonado la confianza pura de un amor que se erguía sobre el destino y ni una sola vez había detenido su vuelo, para evocar a la compañera ideal, que sin embargo y a pesar del largo abandono, le aguardaba, palpitando de amor y de ternura...

Llegaba ahora a su postrer refugio, vencido, derrotado, con las espaldas encorvadas hacia la tierra, los pies vacilantes, las pupilas sombrías, mordido por la lepra del desencanto, sin vigor, sin energía... ¡Un guiñapo de hombre! Y he aquí que el rincón nativo parecía negarle su salvación y su refugio.

EN EL RETIRO DE LA CONCIENCIA

Había dominado a la fortuna y a los hombres. Se había *bastado a sí mismo*, según la dura fórmula del *Rey de la Montaña*. Ninguna verdad, es cierto, más tristemente humana que esa... Su vida quedaba trazada, en sangre y en sudores, sobre las arenas del desierto, en los páramos de California, en las costas abruptas de las tierras maravillosas, sobre las estepas desoladas, en la curva misteriosa del mar. Un torrente de oro rugía a sus pies; crecía poco a poco, prodigioso y brutal, se levantaba en montañas inmensas y, abatiéndose sobre sí mismo, como si lo aplastara una fuerza sobrehumana, penetraba en su sangre, al modo de un hilo sutil; afiebraba el ritmo de su corazón, agostaba las fuentes de la ternura y esparcía una sombra viscosa sobre el puro cristal de su espíritu.

¿Pero y detrás de él, de sus luchas, de sus conquistas, de sus riquezas fabulosas?... ¿Qué fuerza había detrás de él, capaz de alzarlo, de arrancarlo de la ciénaga del olvido?... Su poder, su riqueza, su errancia por los caminos del mundo, ¿no era como el viaje de un témpano que arrasa todo a su paso y se disuelve con la luz del sol?... Había triunfado... ¿pero no volvía acaso vencido y desengañado?... La voz del rincón nativo, ¿no se erguía para cruzarle el rostro?... El llanto de las hojas que él había pisoteado, ¿no llovía, acaso, como reproches acerbos sobre sus hombros estremecidos por el hielo de la noche inminente?... ¿En dónde estaba el recuerdo?... La voz de la ternura... La tibieza de los afectos profundos que son como las luces salvadoras en los negros caminos del infortunio?... ¿Hacia qué lado quedaba la construcción recia, que debía albergar, en las horas del reposo, sus miembros ateridos, sus pobres pensamientos fatigados, su angustia y su soledad?... ¿En qué choza debía recogerse para evitar la acusación del grito de la noche en el viento?... ¿Cómo había construido su vida?...

EL FUNDIDOR

Y he aquí que el *Fundidor*—quizás la conciencia—lo detuvo en una encrucijada temerosa para pedirle cuenta de su conducta. El acento de esa voz era frío y lívido, como un juez que se yergue para acusarnos del derroche de una vida que no nos pertenece por entero... No... no. La vida suya era incompleta, inútil, vana...

—¿Vana?... ¿Incompleta?... —pensó Peer Gint.—¡Qué extraño es todo esto!... ¡Qué inexplicable!... ¿Acaso no basta una existencia consagrada al placer, al acumulamiento del oro, a la conquista turbulenta de la materia, a las holganzas, a las fatigas?... ¿No era tal vez la suya, una vida toda entera vivida en profundidad?...

—No... No... No... (La voz del fundidor era clara y terminante). Es necesario fundir, de nuevo, en el crisol esa vida inservible, abrumada por los pecados, por el egoísmo, por la ho-

rrible frialdad del corazón, Sobre todo por la horrible frialdad del corazón... Las vidas humanas tienen una finalidad. No se puede, no se debe edificar la existencia sobre el egoísmo... Nos debemos, por el amor, al dolor ajeno, al triste rebaño de los que sufren... No... No... no se puede contar únicamente con la materia para vivir. Existe una voz interior que es preciso escuchar, porque hay algo que mueve las potencias del hombre con eficaz armonía... La palabra profunda y turbadora que se arroja como una sonda al corazón que vive y palpita por nosotros, es una orden suprema... Borrar esa palabra, estrangularla por el egoísmo, es confundirse con el lodo; es vivir la vida, obscura y miserable de la charca que se pudre, entre cañaverales, en una tierra desierta...

EN EL VIENTO DE LA NOCHE

Sobre la tierra negra caía el piadoso anochecer. Un silencio turbado por las evocaciones se enredaba, entretanto, en los ramajes hirsutos de los árboles y se arrastraba a lo largo de los caminos, mudos e interminables. La sombra se espesaba detrás del viajero solitario y un viento solapado e irónico, que soplaba de todas partes a la vez, parecía voltear las palabras ácidas y frías del hombre de la encrucijada.

—Es preciso... es necesario redimirse... Toda tu existencia es inútil, si no la acoges en el fervor o en la tibieza de un hogar... Has vivido en vano, mi querido camarada... ¿De qué te han servido todas tus enormes riquezas, tus conquistas sobre-humanas, el duro bastarse a sí mismo?... Niebla sobre la mar... humo... arena... Un sueño...

El viajero se detuvo temeroso. Giró sobre sus talones y buscó el cuerpo, la garganta que le echaba, junto con las palabras, el aliento maléfico. Pero en seguida se encogió de hombros, con un gesto altivo de todo su cuerpo. Un resto de aquella potencia antigua...

—Ea...—exclamó—; al diablo los recuerdos... Todavía puedo rehacer mi vida... Bah... ¿Por qué no?...

Echó a andar rápidamente, más ágil, más firme. Esta vez parecía que triunfaba del enervante peso de la soledad, del cerco angustioso que pugnaba por apretar su garganta y su conciencia. Se sentía liviano, optimista, lleno de energía. Hasta evocó las borrascas de su juventud, los días gloriosos de su fortuna, la etapa de imperio sobre los hombres... Oh... aquellos días!

—A quien puede importarle la voz empalagosa de la soledad?... Cuanta razón tenía aquel viejo Rey de la Montaña. No hay más filosofía que ésta: *Bastarse*, ser siempre uno mismo... Vivir en un tonel...

—¿En un tonel?... ¿Bastarse?... Ja... Ja... Ja... Pobre amigo mío. —La voz resonó, de súbito, como arrastrada en el tropel de las hojas herrumbrosas. —Esa filosofía no es tan cómoda como parece... Porque, vamos a ver, mi estimado Peer... ¿En dónde está toda tu riqueza?... ¿Tu fuerza, tu dominio, tu lealtad?... Es un poco triste volver al terruño, arrastrándose... ¿verdad?... Es un poco doloroso constatar que hasta el aire nos rechaza y las hojas nos golpean el rostro. ¡Dí que yo... yo que soy el *fundidor* debo pedir cuenta estrecha a los hombres, que como tú alcanzan el límite de esta encrucijada... En verdad, es una tarea odiosa la mía. Los hombres se te parecen tanto... tanto... amigo mío. Pero tú... Tú has colmado un poco la medida del egoísmo... En fin, es preciso que busques... que acudas a alguien que siendo sobrehumanamente puro, pueda redimirte.

La noche se había vuelto densa, espesa, impenetrable. El viajero moderó el paso. Su corazón latía como en un pozo sin fondo; crujían las arterias en sus sienes sudorosas y un extraño temblor agitaba sus miembros fatigados. Intentó horadar el espesor de la noche..., encontrar un camino que lo alejara de ese sitio en que parecían haber hecho nido los recuerdos; huir del maleficio de esa voz que le ponía por delante, con una evidencia aterradora, el espectáculo de su miseria y de su sordidez.

La realidad, sin embargo, estaba ahí clara y brutal. No aparecía por ningún lado la encrucijada salvadora, el límite extremo de su redención. Él creía haber vivido; haber culminado en su existencia y se encontraba, ahora, en un callejón sin salida.

vencido dos veces; vencido por la vida y vencido por esa voz que no brotaba de nada concreto, que parecía desprenderse del fondo mismo de la noche... acaso... acaso de su propio corazón...

Qué extrañamente resonaba, este corazón, en medio de la noche. Parecía un martilleo incesante, un galope vertiginoso. Todo estaba mudo en derredor suyo. El viento había callado entre las ramas foscas de los árboles, los caminos se habían borrado y arriba, entre el negro inquietante de las nubes, lucía, de raro en raro, una estrella... Pero su corazón... Era algo extraño, inconcebible. Ese ruido, ese tac, tac, lo llenaba todo, estremecía sus potencias, parecía erguirse y palpitar en el centro mismo de la tierra. Tan pronto le daba la impresión del trote lejano de un caballo sobre la tierra dura, como lo escuchaba golpear adentro, en el fondo de su pecho, febril, implacable, aterrador...

Bruscamente se detuvo. La misma voz resonó esta vez tan cerca, tan malignamente cerca, que por instinto se llevó las manos al pecho como si quisiera ahogar con sus dedos crispados, el hielo de ese acento que le encogía el espíritu.

—Ciertamente, amigo mío, es hermoso triunfar—insistió la voz—. ¿Pero es que acaso el triunfo excluye la nobleza, la grandeza del corazón?... En verdad, una palabra pronunciada puede borrarse fácilmente... Tú me comprendes, conquistador... Tú pronunciaste palabras definitivas, hace algún tiempo... ¿Recuerdas? ¿Cumpliste acaso esa promesa? La pregunta carece de importancia, dirás tú, porque ¿quién es el que cumple sus promesas?... Pudiste, sin embargo, cumplirlas, si hubieras hecho un alto en tu camino de triunfos. En cambio, borraste enteramente el pasado, te desligaste en absoluto de él y sólo tuviste fuerza para derrochar estúpidamente todo el enorme caudal de tus riquezas... Detrás de ti quedaban los pobres recuerdos pisoteados, abandonados, hechos trizas, como las hojas en los caminos... Ateridas y desgarradas, las palabras de amor caían para pudrirse en el fango... Tú pasaste sobre ellas. Ciego. Brutal. Inconsciente... Pero tienes razón... Olvidaba, como tú di-

ces, que tu vida es una vida vivida en profundidad... ¿Tú crees que un hombre, el hombre, es tan fuerte que sea capaz de sustraerse al poder del recuerdo?... Tú eres un hombre fuerte, poderoso, inmortal. Tú has vencido, tú has dominado el recuerdo, esa cosa vaga, imprecisa, molesta que se llama el recuerdo... Y sin embargo... ¿por qué tiembles?... ¿por qué vacilas?... No... no trates de moverte... Es inútil... Espera... Déjame... Aun no he terminado, mi querido amigo.

—Ea... idos al diablo!... Dejádme... —La mano temblorosa del viajero se agitó por delante de su rostro, tal que si apartara un haz de cosas vivas y repugnantes. Quiso moverse, pero sintió que la tierra, acaso las raíces de los árboles próximos, oprimían sus pies y se enroscaban a lo largo de sus rodillas y se deslizaban al modo de serpientes, hasta su pecho.

Y en medio del mutismo infinito de la noche, en medio de esa sensación aguda y dolorosa de soledad y de silencio, aplastado por la energía desconocida que brotaba de todas partes, la voz continuaba en su oído, fría, inclemente, acusadora:

—Qué cosa tan monstruosa es un hombre dominado, corroído por el oro... Un hombre que todo lo somete y todo lo sacrifica a los pies del ídolo amarillo. Para él no hay afectos, ni ternuras, ni recuerdos ni amores... Es un trozo de hielo, una piedra que anda, un pobre fragmento desprendido de una montaña... La abyección tiene para él más valor que un afecto... y lo más innoble encuentra un hueco en su conciencia corrompida... Oh!... la conciencia!... Se cotiza en los mercados, la venden al peso... Esos hombres venderían a su madre con tal de aumentar un poco su caudal... La venderían... ¿verdad camarada?...

—Oh... exageras... exageras—murmuró apenas el viajero—. Eso es horrible... Oh... déjame... Debo marcharme... debo andar... andar... Debo rehacer mi vida... comenzar otra vez—. Debo buscar el camino del alba...

—¿Tú?—replicó la voz—. Sueñas... Te forjas ilusiones... Estás vencido, derrotado... No obstante, te daré todavía un plazo para tu redención... Aguardaré aun... aguardaré aun...

La voz fué desvaneciéndose poco a poco; alejándose en el negror de la noche; en el latido sordo del corazón; cada vez más lento, más tenue, más inaudible.

EL ALBA.

¿Cuánto tiempo permaneció allí?... Quizás anduvo a la deriva. O vagó por los caminos tenebrosos y se internó en los ásperos senderos, bajo los ramajes crujientes... Sus piernas vacilaban, agarrotadas, y sus manos, ávidas de quietud, se tendían desesperadas en el vacío. Sin embargo, como un resplandor indeciso y vago, apenas una línea lívida, sobre la ondulación de las colinas, una claridad lechosa y espectral, entre la niebla—el alba que surgía—en su alma atormentada y en su corazón crispado de terror y soledad, resplandecía también la remota esperanza... como el amanecer sobre el hosco paisaje... Los bosques sorbían la noche y hacia los confines medrosos y trágicos corrían los grandes cendales de sombra, quebrados, desgarrados por la suave luminosidad del alba, que se empinaba sobre los cerros...

Estaba en medio del camino, transido de ansiedad y de congoja. Solo... Solo como un ser monstruoso sin derrotero, sin ideal. Solo y extraño, en la tierra de su adolescencia, sobre ese mismo camino de sus andanzas moceriles, por donde cruzara tantas veces, lo mismo en el alba que en la tarde, lleno el corazón de energía y de esperanza... El resplandor era cada vez más puro y noble y las sombras desaparecían rápidamente.

—También... También en mi corazón—murmuró.

Esta era la primera alba sobre la tierra abandonada, sobre los rincones nativos, después de tantos años de ausencia y olvido. Su corazón empezó a latir aceleradamente. En su espíritu prisionero de la angustia, las sombras se disipaban también como en el campo estremecido... Agitó sus manos, febriles y crispadas, y de súbito, como si un resplandor inesperado abriera el abismo de sombras que inundaban su alma, con una energía

nueva y desconocida, echó a correr a lo largo del camino. Su corazón murmuraba suavemente, como en una plegaria vieja que se recuerda de pronto:

—¡Solveig!... ¡Solveig!...

Un son lejano y dulce de campanas y un rumor armonioso y tibio de cánticos, como un vuelo de aves maravilladas, palpitaban en el estremecimiento del amanecer...

González Vera

Pablo Schostakovsky

En el número anterior publicamos un capítulo del libro del señor Paul Schostakovsky, «El calvario ruso», que ha visto la luz recientemente. Este capítulo es uno de los más interesantes de una obra que ha sido recibida con muestras de complacencia por la crítica y el público chilenos.

En el artículo que sigue, el escritor señor González Vera, que conoce a fondo al autor de «El calvario ruso», cuenta algunas de las peripecias, extraordinariamente dramáticas, que forman la trama de su vida. Nos parece éste el mejor comentario a un libro de tan sobresaliente calidad ideológica y literaria.

E*L Calvario Ruso* abrirá muchos miradores sobre la vasta revolución desencadenada en el lejano imperio de los zares. Esta obra, escrita en español por un ingeniero de Moscú, no es un racimo de disquisiciones laudatorias ni un fácil y simple anatema.

Su autor, olvidando sus propios sinsabores, y acaso sacrificando un poco sus simpatías políticas, ha preferido mirar hasta lo hondo la transfiguración de su país. Aunque es un ruso apasionado y empecinado, Schostakovsky ha vivido la vida del razonamiento. Y el criterio que tal disciplina le ha impuesto, le obligará a comenzar su construcción por el suelo.

A través de su primer mirador aparece la estepa sin fronte-

ras, luego las montañas fabulosas, después los grandes ríos, en primavera llenos de hombres, barcos y canciones, y cubiertos en invierno por el gran silencio helado. Y como lo más importante, después de la tierra, es el hombre, os dirá quiénes formaron el imperio y cómo se organizaron sus clases sociales. Os hablará del mujik de alma virgen, de su misticismo, de sus impulsos y mutaciones desconcertantes, y os hará en el reverso la pintura del formidable noble que apalea al mujik y lee novelas francesas.

Conoceréis más a lo vivo la obra de Pedro el Grande, ese gran reformador que se esforzó por separar a Rusia del tártaro y del mongol, y que introdujo las industrias y artes occidentales. Os dirá también cómo funciona el alma rusa y de dónde arrancan sus raíces. Os hará una revelación del mir y de la artel, viejas instituciones eslavas, sin origen y, además, sin parangón en Asia ni en Europa.

En otros capítulos de actualidad fundamental presenciareis el desfile de Nicolás Romanoff, la Zarina, el indispensable pope Rasputin, los intrigantes de la nobleza, los nihilistas, los policías y los espías, los intelectuales, los arrogantes guardias de Palacio y los cosacos pintorescos, y todo ese mundo medio europeo y medio asiático que era la esencia y la sal de Moscú y San Petersburgo.

Viene en seguida la preparación para la guerra. Hombres de todos los perdidos rincones del imperio se hacinan en grandes ejércitos. Allí aprenden a leer, allí adquieren el sentimiento de su fuerza y allí mismo se gesta el hecho estupendo que habrá de acaecer más tarde.

Y todo esto fielmente sujeto a documentos oficiales o públicos, y decorado con observaciones y juicios sólidos como sentencias. El escritor es ingeniero.

Pablo Schostakovsky hizo lo posible por no ser escritor. Es decir, comenzó su labor literaria en la adolescencia. A los dieciocho años era subteniente del Regimiento Semenovsky. En esa edad escribió sus primeros versos; pero tenía cuarto común con el Príncipe Kasatkin-Rostofky que también era poeta. El príncipe,

hombre normal en las horas ordinarias, apenas entraba en el dominio de las musas, abandonaba su medida y caía en las más extrañas actitudes y gesticulaciones. Leía sus versos con desapacible metal de voz, monologaba, corría por el cuarto, multiplicaba sus expresiones fisonómicas y, pasado el raptó, volvía a su escritorio y la pluma seguía su afán.

Schostakovsky, testigo de esos particularísimos desdoblamientos, temió que el camino de los ritmos le llevase a extravíos semejantes, y se alejó por la primera bifurcación; pero su inquietud literaria era grande. Resbaló al cauce de la prosa. Escribió entonces la dolorosa historia del mujik que perece entre las llamas por salvar su caballo. Y quiso que un hermano suyo, discípulo de Tolstoy y lector de Schopenhauer, fuese el primero en escucharla.

Aunque el asunto de su cuento era trágico desde el comienzo al fin, y debía, lógicamente, estremecer y consternar los espíritus, su hermano, al primer párrafo, estalló en bulliciosas risotadas que se repitieron hasta el término de la lectura. El teniente Schostakovsky creyó llegado el ocaso de su carrera literaria.

Se hundió en el cuartel; pero, apenas podía soltar la espada, entraba sus ojos a cualquier libro. Su juventud, sus lecturas, los desengaños recientes trastornaron el orden de su espíritu. Como los árboles, en otoño, quedó desnudo. Un formidable por qué le dejó sin zar, sin creencias, sin orientación, sin raigambre alguna con sus inmediatos semejantes. En ese minuto de crisis espiritual entregó su espada y su uniforme y se fué al campo. La naturaleza dió nuevo sentido a su existencia.

En mil novecientos siete, Schostakovsky abandona la Escuela de Puentes y Caminos de París con su título de ingeniero. Vuelve a San Petersburgo y abre una oficina técnica. Trabaja de firme unos cuantos años. En los periódicos publica artículos sobre problemas de su oficio. Es un joven a quien le va bien.

Pero se produce la guerra. El ingeniero Schotakovsky es enviado al frente como jefe de un destacamento ferroviario. Allí tendió y levantó sucesivamente unos buenos kilómetros de vías; se pusieron algunas cruces en su pecho. Durante los meses que

estuvo en el frente reapareció el Schostakovsky escritor. Apenas conseguía dejar la herramienta, tomaba la pluma. Casi no pasó día sin que escribiese a su familia dos larguísimas cartas.

El espectáculo de la guerra le infundió el deseo de hacerla más a lo vivo. Resolvió ingresar a un regimiento de cosacos; pero un coronel amigo suyo le expresó que éstos no tenían ni la más remota esperanza de entrar en acción. En cambio, la artillería pesada estaba haciendo toda la fuerza. Schostakovsky ingresó en el estado mayor del gran duque Romanovsky y partió a Galitzia.

Después de cuatro meses tomó el derrotero de la capital. Esta vez se queda en Pedrogrado bajo las órdenes del jefe del departamento técnico del Ministerio de Guerra; pero, en los anales de Aquel, que según los árabes no duerme, estaba escrito su destino.

Atravesando media Europa dirige sus pasos hacia Italia. Allí están los automóviles que Rusia necesita para tener en contacto sus numerosos frentes. Schostakovsky ha recibido la misión de comprar cuantos se produzcan. Durante dos largos años el comisionado del Zar va de fábrica en fábrica vigilando la producción y organizando las entregas. Además, visita museos, hace breves correrías a París y no cesa de escribir cartas a sus parientes de Rusia.

Un día se encuentra en Roma con el adicto naval de su país, hombre trabajado por las supersticiones y consuetudinario frecuentador de adivinas, espiritistas y eruditos en los destinos ajenos. El adicto naval le conduce a casa de una afamada quiromántica. Schostakovsky viste su uniforme de jefe de la misión técnica y se presenta como ingeniero ruso. La pitonisa le toma la mano, mira, remira, mueve la cabeza y, luego, con extrañeza, le declara que no tiene porvenir de hombre de espada ni de ingeniero, sino de escritor. Agrega, también, que la vida le tiene asignada una partida de días amargos. Schostakovsky sonríe porque el anterior vaticinio le ha traído el recuerdo de su cuento sobre el mujik que perece entre las llamas.

Todavía pasan algunos meses igualmente febriles pero, a la

vez, igualmente plácidos desde el punto de vista de su espíritu. Mas, como nunca es tarde para la desgracia*, amanece un día en que el Zar de todas las Rusias ya no es Nicolás Romanof sino Kerensky.

Pablo Schostakovsky es llamado a su tierra. Emprende el regreso por vía terrestre, pues, el mar está a merced de los sumergibles alemanes. Tiene que atravesar Bulgaria, Grecia y no sé qué otros países. Al fin pisa tierra rusa. Está alegre y desesperado.

Llega a la ciudad de Pedro cuando ya el gobierno de Kerensky está viviendo su crepúsculo. La agonía se prolonga hasta la mitad de Octubre. En esa fecha el cañón comienza a tronar. Kerensky huye. Detrás de cada fusil y de cada cañón aparece un bolchevique. Aparecen miles de bolcheviques. Un grito disociador remueve las entrañas de Rusia. Comienza en ese instante la odisea de unos y la epopeya de otros.

Todas las almas sufren un vuelco, y la oscura multitud salva el último cauce. Entonces el látigo pasa de la blanca mano del noble a la mano callosa del mujik. Y azota ciegamente al amigo y al enemigo, al justo y al injusto, al fuerte y al pordiosero, al bárbaro y al santo. El látigo manejado por millones de manos restalla sobre millones de cuerpos abatidos.

Ese año la nieve que cae en la campiña rusa, no es blanca: es del mismo color de la sangre.

* * *

El miedo, dios oculto y terrible, y la voluptuosidad de la revancha empujan la mano del bolchevique. Los nobles, los clérigos, los burgueses hinchados, los bárbaros de Petlura, los cosacos de Kolchak, la masa asiática de Kornilof, los campesinos, los profesores, todos actúan de fantasmas. Y el bolchevique que ha esperado cientos de años la ocasión de rehacer

* Al decir *nunca es tarde para la desgracia*, no he querido decir que a mí me haya disgustado la caída del zar. Es una frase necesaria dentro del tono de esta glosa.

el mundo, embiste ciegamente contra éstos y aquéllos. Su formidable látigo junta los días y los meses. Se desploman los grandes fantasmas pero con ellos son arrollados también centenares y millares de seres sin partido. En ese largo minuto indeciso no caben sino dos términos: bolcheviques o reaccionarios.

La convulsión corre por los campos y abate las ciudades. El orden, coronación de siglos de obediencia, se esfuma. No existe el pope ni el gendarme, el cosaco es una estampa, el padrecito Zar sufre como un hombre cualquiera en no se sabe qué rincón. Han fenecido el mir y la artel; las alegres tiendas, los grandes restaurantes, los hoteles, las estaciones ferroviarias, el sonido de las campanas, el duque y la princesa, el vendedor ambulante, la troika, las tabernas, las fábricas humosas, los teatros, el ciudadano pulcro, todo ha concluido en la última noche.

Las calles se tiñen de rojo. Disparos, tronar de cañones. Hondos silencios... Nuevas descargas y banderas rojas que simbolizan la nueva alegría. Y los gritos de la turba bullente.

Rusia se ha llenado de hombres que funcionan de otra manera.

El pan, bien primario, se da con etiqueta bolchevique. Un viaje a la calle puede ser un viaje largo. Si vuelves sin abrigo, ni sombrero ni calzado; si retornas sólo herido, alégrate. Pero no te alegres en extremo porque tu casa es lo mismo que la calle. Durante dos años Schostakovsky vive sepultado en una silenciosa y vieja mansión. Sale de noche con vestuario de mujik y con barba de mujik. Le han hecho proposiciones para que trabaje en el soviet; pero no ha contestado. La Cheka le mira desde lejos, sin descubrirlo; pero, si le descubre...

La justicia bolchevique, bastante más injusta que la antigua, no puede ampararlo contra la Cheka. Tendría que responder por delitos recién catalogados. El delito de haber sido burgués y de continuar siéndolo; el delito de haber sido teniente del Regimiento Semenovsky; el delito de haber sido miembro de la burocracia imperial; el delito de ser ingeniero y permanecer inerte mientras el soviet cierra sus empresas por falta de técnicos.

Schostakovsky, de ser habido, podrá considerarse hombre de

gran suerte si entra en la cárcel y conserva su organismo en buenas condiciones; pero si su suerte no es tan grande, es inútil ilusionarse. Dentro de la cárcel hay horcas y fusiles que no reposan.

Sin embargo, la salvación está en su mano. Puede colocarse en la solapa la nueva escarapela y colaborar según su capacidad; pero, sea porque del bolcheviquismo no ve sino su aspecto negativo, por escrúpulos íntimos o por no concebir el mundo más allá del liberalismo monárquico, lo cierto es que no intenta asir ese medio de salvación.

Por ventura los dioses no le habían olvidado. En la tarde del once de Febrero de mil novecientos veinte, una pavorosa tempestad de nieve cae sobre la capital. Es una casualidad que bien puede no repetirse. Schostakovsky toma lo más indispensable y, con su mujer, su hija y dos amigos, se entrega al destino.

Una hora más tarde, sin ningún mal encuentro, los cinco fugitivos bajan del tren y avanzan por las calles de Orianenbaum. Allí la tormenta se desencadena más implacablemente.

Después de mil búsquedas infructuosas obtienen un pequeñísimo trineo. La situación es clara. La hija de Schostakovsky debe ocuparlo y los demás harán la jornada con sus propias piernas. En el espacio sobrante irán los paquetes de cada uno. Los amigos dan la preferencia a un lío de acciones de empresas extranjeras establecidas en el país. Los Schostakovsky optan únicamente por su carga de música rusa.

Los fugitivos se mueven hacia el Golfo de Finlandia. Todos van cubiertos con trajes de piel blanca. Si logran pasar la isla de Koflin, podrán considerarse fuera de peligro.

La tempestad no amengua. Siguiendo el sendero marcado con ramas de pino van a dar bajo el fuerte de Kronstadt. Se echan al suelo y apoyándose en los codos desvían la ruta. Viven el minuto álgido. Les rodea el silencio. Les ahoga la penumbra blanca. Hacen movimientos de zigzag en torno de los islotes. Los reflectores iluminan la perspectiva blanca con sus miradas de oro.

Durante dos horas la caravana se mueve penosamente, sin poder alejarse de la zona fortificada. Cuando ya va a traspasar

la punta de la isla de Kotlin. Schostakovsky, que arrastra el pequeño trineo, siente a corta distancia un golpe de tos. Se echan al suelo y, hundidos en la nieve, aguardan. Es, de seguro, un guardia que atraviesa desde la isla hasta el fuerte.

Mientras permanecen en tal posición, cree entrever una fila de bultos oscuros. En ese caso, el hombre que tosió, debe ser el sargento y estará preparándose para revistar la guardia; pero, el silencio sigue yerto. Con una nevazón así sería menester que la guardia bolchevique tuviese una disciplina formidable, porque, pasar revista en plena tormenta... ¡No puede ser! Y no se produce ningún ruido... Entonces... Tal vez hayan venido contrabandistas de Finlandia y en este momento regresan desde Orianabaum con fardos de mercadería. Y la guardia, es muy lógico, quiere cerrarles el camino.

Pasan minutos y minutos. Los contrabandistas no llegan ni se ve al sargento ¿Y si no se tratase de tal guardia?

Apoyándose en los codos, Schostakovsky avanza contra los bultos, y se detiene a examinar una nueva hipótesis. Quizás sean lobos hambrientos que no se atreven a atacarlos. Ya es completamente de noche. Es imposible precisar. Recuerda, pasado un instante, que siendo cadete salió varias veces a cazar lobos. Y recuerda que los ojos de éstos son fosforescentes como los de los gatos... Acaso no sean lobos ni soldados.

Y para salir de su implacable incertidumbre sigue avanzando sin alzarse. Cuando llega por fin a un paso de los bultos fantásticos, descubre—¡oh, su asombro!—una hilera de ramas de pino con las cuales han querido indicar el sendero.

La caravana se alza, prosigue la marcha y los fortines quedan atrás. Están en plena noche, les rodea la soledad, les azota el rigor de la naturaleza. En los últimos pueblos de Rusia, en esa hora, los mujiks deben estar durmiendo con sueño tranquilo.

Los fuertes vientos del oeste, que pasan bramando sobre el Báltico, han conseguido detener y congelar las aguas del Neva sobre la superficie del golfo de Finlandia. Esto ocurre rara vez y dura poco.

Schostakovsky y sus amigos andan con premura y sobresalto

porque todavía es posible que llegue una bala certera o que les corte el paso una patrulla. El reflector de Kotlin parpadea en torno de ellos; gime el viento. Tropiezan, caen en pequeñas aberturas o se vuelca el trineo, y hay que cargar con él hasta salvar la desigualdad del camino. Así trascurren siete horas sensacionales.

A la distancia pasa velozmente una troika envuelta en tela blanca, con caballos blancos y con viajeros cubiertos también de blanco. Acaso sean otros perseguidos.

El cansancio va enredando los pasos. Sienten un deseo inmenso de dormir; pero no ceden. Y no pueden ceder porque de repente se oye el galope del viento del norte. Ah, el viento del norte corre desatado hasta la frontera rusa, cubriendo el vasto espacio y arrastrando volúmenes de nieve que emparedan las piernas, golpean el cuerpo y sepultan. Los hombres de la caravana avanzan con las manos tendidas hacia el horizonte, para contener esos verdaderos cuerpos en marcha, y desviarlos en el minuto exacto; pero Aquél les da fuerzas para sobreponerse a la tormenta. Y andando se encuentran con el alba que viene desde los cuatro puntos cardinales.

Llevan doce horas de marcha, con caídas, detenciones y angustias inverosímiles. Las piernas flaquean y los ojos se cierran. Todos reclaman un descanso; pero atrás el peligro está latiendo. Extenuados y deshechos prosiguen dando un paso tras otro a través de la planicie blanca. Se siente sobre la nieve, que no cesa de caer, la iniciación del día. Dentro de sus cabezas la fiebre trabaja. Quizás si ya están sobre el golfo los trineos veloces de los rojos...

Y así caminan cuatro horas más. Siempre la misma soledad y los mismos vagos rumores tempestuosos. No saben dónde están. El cansancio físico los tiene aplanados. Ningún deseo ideal les anima. Si apareciesen las troikas bolcheviques no les importaría. Volverían a Rusia durmiendo aunque después hubiese que morir.

Llegan a un pequeño paraje y caen rendidos.

Schostakovsky despierta sobresaltado y mira en redor temiendo

que todos estén ya muertos. En su reloj han pasado sólo cinco minutos. Sus compañeros duermen como niños; pero si continúan así ¿quién les asegura el despertar? Además, han emprendido la fuga para ser libres y la libertad no empieza sino más allá de la frontera. ¡Arriba!

Vuelve la caravana a tomar la ruta de Finlandia. Y todos caminan más con la voluntad que con el cuerpo durante una hora y otras horas. Andan como penitentes, como fanáticos, sin contar el tiempo y sin desviarse de la idea fija de traspasar la frontera.

La mañana viene y desaparece; cesa la nieve. Después transcurre toda la tarde; pero, cuando aparece la primera faz del crepúsculo, ven destacarse, junto al cielo, las cúpulas de Trisky.

Y la húmeda alegría de las lágrimas les asoma en el rostro. Han andado veintidós horas.

Cuando llegan a la frontera, la policía los deja pasar sin interrogarlos. En sus rostros, en su vestuario y en su calzado maltrecho se lee como en el mejor pasaporte.

• • •

El Schostakovsky cadete, burócrata, ingeniero y admirador del zar; el Schostakovsky burgués se desplaza al pisar la frontera finlandesa. El ha querido huir de la revolución; pero inútilmente. La revolución ha terminado con el antiguo Schostakovsky. En vano busca el aislamiento de Capri, en vano se interesa por las actividades industriales de Italia.

Puede tomar un barco para América y consumir tres o cuatro años en mantener su antigua línea; pero no lo conseguirá, porque la revolución, esa primavera violenta, lo ha recreado para una profesión universal: la de escribir.

Juan de Almaza

Leysin

(Diario de Viaje en Suiza)

Noviembre de 1926.

UN lago en el fondo. Picos nevados inaccesibles, por donde trepan amarrados a todos los ingleses, en los contornos. Cada pico con un nombre de reputación europea, el *Mont-Blanc*, los *Diablerets*, el *Dent du Midi*, y un apellido común registrado en las parroquias inglesas: *wonderful*. El manto verde de los pinos entre las nieves y el lago, y el golpe de las hachas en los pinos. *Chalets* de tabla rústica hipotecados a Dios: «*Moi et ma maison, nous servons l'Éternel*», dice la inscripción de la fachada al que cruza el umbral. Senderos que cruza el carillón de las esquilas. Niños amapolas, que nacen jugando con escobas y cepillos. Y después, el silencio de eternidad y un sueño sin imaginación, incapaz de pesadillas.

Estamos en Suiza, el país del rasero democrático y de la imperturbable neutralidad en los arrebatos europeos. Pero ¿en qué parte de Suiza? Pues, en cualquiera.

• • •

Eso es Leysin; eso, y algo más. El camino rural se mete de pronto en una calle, y antes de meterse, un cartel en un poste dice: «*Leysin Village*». La pared de la casa esquina advierte en

una plancha: «*Défense de jurer dans le village*». En otra pared, otro cartel: «*Défense de cracher*». Uno tras otro, los carteles suprimen todas las actividades del visitante. Y por último, otro cartel: «*Défense d'afficher*». Pero, éste llega tarde: ya no queda espacio para más.

Bien, pues circulemos; esto, hasta aquí, es cosa permitida. Y en partes, recomendada: cuando lleguemos arriba, un cartel en el camino, entre el bosque, nos dirá: «*Déballage de bois, zone dangereuse, défense de stationner*».

Y es bueno saber que, detrás de cada cartel prohibitivo, no está la muralla sorda y ciega; está el gendarme, la multa que cae inexorable, el franco suizo que traga vorazmente un peso sesenta de nuestra moneda, y que nunca va solo cuando sale de multa, que se reúne en grupos de doscientos o trescientos francos suizos para dar el golpe de escarmiento al infractor.

Eso es Leysin; eso, y algo menos. El lago de la hondura no es un lago como el de todas las honduras suizas; es un lago que sube y baja en estas mañanas de otoño, un lago de temporada, que a veces sube tanto que se queda en el cielo. Cuando el lago queda más alto que Leysin, desde Leysin se ve en el fondo que ocupaba el lago un valle fértil en que el Ródano culebrea. Cuando el otoño pasa y se disipan las nieblas, no queda lago ni siquiera arriba; no hay más que un sol brillante que desde un cielo muy azul echa las nieves derretidas de los picos a rodar hacia los fondos verdes por donde el Ródano culebrea.

¿Qué pasa en este pueblo de Leysin? ¿qué hace esta gente asomada entre carteles? Están en sus lechos de enfermos, que blanquean de arriba a bajo las fachadas de balcones; hacen su cura de silencio, la cura a que invita, a enfermos y sanos, el estático ambiente de Suiza.

El camino, convertido en calle, se va por entre asoleados lechos de enfermos montaña arriba. Se hace camino otra vez y desprende senderos hacia los pastos. Más arriba, se vuelve callejuela entre las casas de Leysin-Feydey. Y se liberta de las casas, y pasea gentes lentas y fatigadas, y se atraca a las puer-

tas de grandes hoteles que sostienen, de alto a bajo de las fachadas, la interminable exposición de los lechos de enfermos. Y antes de meterse entre troncos de pinos, de donde saldrá a la roca nevada, ciñe los contornos del más encumbrado y prestigioso de los hoteles, el Grand Hotel de Leysin. Más recto que el camino, desde Aigle en la hondura a Leysin Village; desde Leysin Village a Leysin-Feydey, el funicular deposita en la estación del Gran Hotel su escasa carga diaria de pasajeros.

Grand Hotel que vive de la ilusión de ser hotel, y afirma la ilusión en el amplio hall asoleado en que el resorte muelle de Maple invita a la tertulia bajo las *kentias* en macetas y al son de la orquesta. Ilusión que se desvanece en los blancos pasillos de los dormitorios, silenciosos entre las dobles puertas herméticas. Blancos los pasillos, blancos los dormitorios, una blancura irreprochable de clínica.

• • •

El gongo resuena con esa exactitud de las cornetas de a bordo que congregan a la gente rumbo al comedor. Son círculos concéntricos los del gongo, que se ensanchan por dentro del edificio y trazan su arco en los caminos del contorno por donde pasea la clientela lenta y fatigada. El golpe del gongo es el hecho que ocurre en el curso del día para demostrar que el día tiene un curso.

A los mismos asientos frente a los platos servidos, la misma gente. Nadie entra ni sale de este grupo convocado a una estada de meses. Alguno, de tarde en tarde, logra la salida, y entonces, en la vispera, los que quedan se agrupan en una mesa común en banquete de despedida en torno al que se va. La mesa es otra; el ánimo es de festejo; los platos del régimen diario tienen no sé qué sabor condimentado y asumen en la cuenta semanal de cada festejante tarifa de banquete. Al día siguiente, la compañía emocionada hasta la puerta de la jaula, la estación del funicular. Otros se ausentan misteriosos entre las sombras de la noche; estaban graves, ya no se levantaban; una mañana

cualquiera la pieza ha quedado vacía; nadie supo en qué momento se los llevaron. ¿Para qué?

—Buenos días. ¿Qué tal el paseo?—dice el argentino a la peruana—. ¿Se cansó Ud. mucho?

La cucharada de espesa sopa de avena de la peruana se para en la trayectoria:

—Si no me canso; el médico, al contrario, me ha dicho que, como ya estoy sana, puedo ir donde me plazca.

Y los demás piensan que es curioso que a la peruana no le plazca tomar el camino hacia abajo del funicular.

Esto se habla en español, y la inglesita mira y sonríe con la sonrisa amable de los que oyen en el idioma extraño un canturreo de bandada desconocida.

Afuera se ven pasar los cuervos que acuden a los balcones. Son otra sociedad en el hotel.

—¿Fué Ud. a pesarse?—pregunta al peruano la belga.—¿Ha aumentado?

—Perdí trescientos gramos en la semana.

Y hay en el peruano la expresión del que se desalienta al no encontrar el camino que ha de devolverlo a la alegre juventud truncada.

El ruso no habla después de la sopa; con tesón desaloja su mondadiente de palo los fragmentos de carne extraviados en la vía alimenticia.

El egipcio, en francés, hace bromas a la norteamericana:

—¿Le sirvo una ensalada de bacilos? Tengo frescos y más grandes.

Y hay sonrisas rumanas, venezolanas, francesas y escandinavas para cada dialecto.

Sí, sí hay más; pero esto se cuchichea a la salida del comedor, cuando los grupos se han formado por nacionalidades o por idiomas. Es la gran noticia del día: la belga se traslada de habitación. Ha sido un problema accidentado inculcar a la belga la convicción de que todo pasajero de hotel lleva anexo un vecindario; ella toleraría vecinos sombras, duendes que resbalaran sobre las tablas del piso, pero no estos seres de carne

y hueso que denotan su presencia con movimientos y desplazando objetos. Se cuenta, Dios sabe cuántas cosas se cuentan *sotto voce*, que a la hora de la cura de silencio un vecino roncó; tabique por medio en la galería de cura hacía su cura la belga, y como el ronquido no es parte de la cura de silencio, que sólo comprende el sueño, la belga lanzó al tabique un vaso, que se hizo trizas. El vecino, inseguro de su actuación en el sueño, optó por alejarse a otra habitación. Llegó otro vecino; venía grave, llevó más lejos la imprudencia; disponiendo de cualquiera de las otras veintidós horas del día, agonizó de dos a cuatro de la tarde, la hora precisa de la cura; la agonía no fué discreta; la asfixia del enfermo resonaba en la galería vecina; la belga reclamó. También salió el vecino de la pieza, pero no fué necesario disponerle otra habitación.

La belga se traslada; esta noche o mañana sabremos la nueva infracción del silencio entre vecinos que la movió a ceder el campo.

* * *

Es de noche. La orquesta alterna partituras líricas, romanzas, y tangos, y valeses y *fox-trots*; los compases de los bailes danzan solos sobre las mesas del *bridge*. Nadie se mueve; está la danza prohibida. Hay grupos diseminados en charla, y el juego absorbe a muchos. Se fuma; al fin, la noche hace creer que estamos en un hotel. Pero, la orquesta cesa, las luces se apagan una tras otra, son las diez. Buenas noches.

* * *

Con las primeras luces de la mañana los cuervos revolotean. Comienzan a poblarse los pasillos al acercare el mediodía. Los caminos serpentean en el saldeo y parecen cerrarse sobre ellos mismos juntando sus extremos; sabe Dios si ellos tampoco encuentran la salida.

Juliana Hermil

Meditaciones Breves

I



UCHAS gentes sonríen de que haya quienes predigan—en esta época de gases asfixiantes y de recelos internacionales—el próximo advenimiento de una república del mundo. Les parece obra de ilusos la de suponer que en algún futuro cercano los imperios, las democracias y las tiranías actuales vayan a deponer parte de su orgullo soberano para asociarse en una confederación universal. Y sin embargo, hacia allá vamos seguramente.

¿Indicios? Apuntaremos sólo unos cuantos, a guisa de invitación al pensamiento.

El mundo se está contrayendo. Es paradoja afirmarlo desde el punto de vista del espacio; pero no lo es si recordamos que el hombre ha calculado siempre las distancias por el tiempo que tarda en recorrerlas, y medida de este modo, la tierra ha encogido vertiginosamente.

Cuando el hombre se llamaba Marco Polo, transitó

desde Venecia al Catay en cuatro largos años, al paso lento de las cabalgaduras o al compás caprichoso de las calmas y de los vientos. Más tarde, regimos las distancias por la marcha trepidante de un expreso; ayer, por la carrera desenfrenada de un automóvil; hoy, por la fantástica velocidad del aeroplano. La travesía del Atlántico sobre un barco nos hacía suspirar cada mañana y cada tarde, durante doce o más días, por divisar la curva redondeada de una colina en las irisadas nieblas del horizonte, y hoy Ferrarin ha saltado desde Roma a la punta oriental de la América en 50 horas y 14 minutos!

Este año de 1928 está aprisionando la tierra en una tela futurista en que los aviones han hecho de lanzaderas.

Y cuando el vuelo de un país, de un océano, de un hemisferio a otro sea tan seguro como el pasear hoy sobre los cojines de un Packard, ¿de qué poca cosa van a servir aquellas líneas imaginarias con que los celos humanos han dividido las fronteras y cuán ineficaces resultarán esos mastines de las aduanas y de los pasaportes!

La Liga de las Naciones, que acunan los cisnes del lago ginebrino, da la impresión de una creatura nacida antes de tiempo y resguardada en una urna para que no muera de frío. Es una pobre expresión burocrática de una fuerza viviente e irresistible. Sólo que la república mundial no la van a hacer los hombres que dirigen los ejecutivos y los parlamentos.

¿Quereis otros indicios? En el mes de Junio de este año, con muy breves días de diferencia, publicaron los

diarios las nuevas de que un agente noticioso habló desde Buenos Aires con Berlín y de que los presidentes de las tres repúblicas australes de la América habían inaugurado un servicio de teléfono entre sus capitales. Hay muchas más probabilidades de que los hombres se entiendan cuando hablan personalmente que cuando utilizan los servicios de terceros, aunque ellos sean tan hábiles como algunos diplomáticos.

Argüireis que esos son casos aislados. No tanto. Una va de visita a una casa y a poco charlar, la señora os dice entusiasmada: «Anoche escuchamos por radio a Nueva York». Sí, a Nueva York, como si se tratara de escuchar lo que canta el vecino, pared por medio. Y no tardará el momento en que conversemos con Tokio, con Melbourne y con Oslo, y este mundo que nos pareció tan vasto, tan separador, tan inasible por los cortos sentidos humanos, le miraremos como una pequeña vivienda donde, como en las casas modernas, todos nos topamos los codos. Nos va a saltar espacio para estar solos, y cuando queramos entrar en nuestra soledad, tendremos que irnos a las estrellas...

Crean los hombres artefactos con que disminuir las distancias. Es un paso. El otro ha de ser el de aminorar recelos, y prejuicios, y orgullo. Necesita el primero de toda la parafernalia complicada de la ciencia; el segundo nada más, nada más que de la buena voluntad individual...

Hombres, ideas y libros

J. O. Curwood, un escritor naturalista

Hace algunos meses falleció en los Estados Unidos el gran escritor J. O. Curwood, cuya obra novelesca ha sido traducida a varios idiomas extranjeros. Nuestro colaborador don Mariano Latorre esboza en las líneas del artículo que sigue un resumen crítico de la obra de este novelador singular. Es este, que sepamos, el único comentario provocado en Chile por la muerte de Curwood.

DE los escritores anglosajones tenemos en castellano pocas noticias. Tradúcense los que, por la universalidad de su obra, pueden ser gustados de todos los públicos, pero esta traducción dispersa impide formarse sobre ellos un criterio exacto. Escápanse, desde luego, las conexiones que tales escritores tienen con otros más antiguos y lo que a veces aparece como un rasgo de originalidad no es sino producto de influencias, una orientación marcada por el carácter de una raza o simplemente, el resultado de una educación deportiva y aventurera.

Es muy frecuente oír, por ejemplo, que J. O. Curwood proviene de London. Un crítico estadounidense levanta para Curwood este cargo que habitualmente se le dirige. London, fué, sin duda, el primero que hizo de los animales, de los perros y de los lobos, sus antecesores, personajes centrales de sus novelas; pero hay una diferencia marcada entre los perros de London y los de Curwood.

Esta diferencia proviene del temperamento de ambos escrito-

res. London es un pesimista, un escéptico que considera al hombre un animal instintivo y malévolos. Sus perros tienen, hasta cierto punto, cualidades de bondad superiores a ellos; son casi más hombres que los hombres mismos. Su imaginación los agrandaba hasta hacerlos seres prodigiosos.

Curwood los encara desde otro punto de vista. Es, desde luego, un observador más preciso que London y ahonda, en la psiquis animal, desde afuera, si pudiéramos decir. Entre los hombres y los perros que viven cerca de ellos hay la diferencia de un ser civilizado y de un animal. Son perros y tienen, naturalmente, los defectos de los perros; pero esto no quiere decir que el frío temperamento de un hombre de ciencia sea su guía al crear esta innumerable serie de libros (J. O. Curwood es tan fecundo como London) que forman una crónica animada de la vida natural de Alaska y del Canadá. Hay un equilibrio constante entre el hombre y la bestia. No es un antropocentrista ni tampoco (creemos el vocablo correspondiente) un perrocentrista como London. Perros y hombres tienen el papel que la naturaleza les ha asignado. No son símbolos que el autor deforma, al capricho de su imaginación.

Según Curwood, la psicología específica del animal y sus funciones cerebrales están sometidas a leyes tan precisas como las de nuestro propio mecanismo intelectual. Domina en ella el instinto, pero este instinto tiene su raíz en la memoria, en las asociaciones de ideas y en el sentimiento.

«Los animales, dice en «Bari, perro lobo», tienen sus rencores y sus venganzas. Poseen una especie de virtud latente que los hace comprender, bajo la acción de Osekí, el gran espíritu de la soledad, que, víctimas de la barbarie humana, tienen los unos hacia los otros un imperioso deber de fraternidad.» Y en este sentido coincide Curwood con ciertos sabios que no son, precisamente, novelistas.

Este aspecto científico en el que, por lo demás, Curwood no insiste, comunica a sus novelas de aventuras algo imprevisto y original. La fábula deja de ser antropocéntrica. Si poseen los animales una inteligencia, si no igual, por lo menos muy poco

inferior a la nuestra, y funciona, de acuerdo con parecidas leyes de razonamiento, no hay por qué darles en el relato un papel secundario. Las mismas pasiones, malas o buenas, dirigen sus impulsos y coordinan sus actos, sin la agravante del cálculo o de la hipocresía, inevitable en el hombre civilizado.

Supongo que J. O. Curwood cree en una potencia superior, directora de sus actos, como en los hombres.

Como Mukoki, de «Donde nace el río», Curwood debe suponer una Providencia de los animales, que inspira sus instintos, despierta en ellos cierta conciencia y los resguarda y regula en sus impulsos. Esta Providencia defensora, benévola para los animales más viles, es Yokou Wapou, la presencia tutelar.

Curwood se aparta también, en este sentido, de London. Es un creyente sincero. No tiene su fe, por lo demás, nada de complicado ni está sujeta a ningún dogma fijo. Es una especie de panteísmo conciliatorio que desparrama su alma divina, oculta y soberana, en el alma de todas las creaturas. Esta misteriosa correspondencia que se establece en todos los instantes de su vida entre los seres y las cosas, no es, en último término, más que el sentimiento religioso de la naturaleza.

Uno de los personajes de Curwood nos suministra un ejemplo típico. El aislamiento en que vive, acrecentado por la angustia amorosa, lo lleva hasta el desquiciamiento. Se hunde, en cuerpo y alma, en la noche dantesca:

«Solitario y herido en el alma, sintió la vida y la simpatía y el amor de la naturaleza insinuarse en él, entristecerse con su tristeza, animarle con su esperanza y asegurarle de nuevo la amistad de los árboles, de los cerros y de toda la vacía inmensidad que lo rodeaba».

Curwood ha encontrado un acento único, emocionado, para exteriorizar este sentimiento de la naturaleza que lo conmueve y exalta. Es difícil dar una tan clara, directa y pictórica visión de los paisajes del Northland, con rasgos tan breves y sobrios, a menos de ser un poeta innato. Curwood lo es, pero más de sentimiento que de expresión. Junto a grandes trozos descriptivos en que se pintan las avalanchas de nieve o las tormentas

sobre los cerros o el incendio de los bosques, existen en las novelas de Curwood otros cuadros menores que no se olvidan. El efímero esplendor de la primavera polar, por ejemplo. Nada prueba mejor la opulencia y la amplitud de la visión de Curwood que la variedad que ha dado a los aspectos o a los instantes de un mismo paisaje, en sus obras de imaginación.

Es preciso agregar, sin embargo, que el novelista norteamericano no usa para esto ni una gran riqueza verbal ni los recursos habituales de los que hacen, en Francia por ejemplo, novelas exóticas. Curwood consigue la dramaticidad con los más simples recursos, así como, en el lenguaje habitual, logra encerrar la maravillosa poesía que lo ha conmovido y lo ha hecho novelista.

Curwood, como la mayoría de los escritores anglo-sajones, no tiene sobre la composición el concepto que domina en los franceses. Un plan sin falla alguna, a la manera de Maupassant o de Flaubert, no existe entre los norteamericanos, ni existe en Curwood; sin embargo, la abundancia de episodios y de detalles no rompe la acción de sus relatos. Generalmente cortos, pueden gustarle al lector más exigente en esta materia.

Pero volvamos a los antecedentes literarios de J. O. Curwood. La escuela a que pertenece, llamada por los críticos norteamericanos escuela naturista y en la cual no figura London, pues sus raíces están, más que todo en Kipling, se originó con las novelas de un literato canadiense llamado G. D. Roberts, hombre nacido y criado en las frías soledades donde un emigrante desconocido, que más tarde llegó a ser multimillonario, clavó la bandera inglesa.

G. D. Roberts tiene una producción considerable. Hace diez años sus cuentos llamaron la atención de millones de lectores ingleses y americanos. Sus páginas estaban saturadas del hálito bravío de los grandes espacios. Roberts humanizaba extrañamente a las alimañas y a las fieras, a las aguas, a las nieves, a las aves, a los reptiles. Nadie interpretó mejor a los habitantes del desierto helado: a los sombríos osos del polo, a los hoscos búfalos, a las águilas magníficas, contempladoras del sol, a los

perros salvajes, reintegrados a las manadas de lobos. Y como escenario del drama de cada fiera humanizada, el cuadro inquietante de las enormes montañas, de los bosques helados, de las estepas mortales de Alaska y Labrador.

J. O. Curwood descende directamente de G. D. Roberts.

Curwood tuvo, desde pequeño, el gusto por la vida libre, por las regiones desconocidas del hombre, el sentimiento casi religioso, que ya hemos anotado, por la naturaleza. Hay razones ancestrales que justifican esta predilección. Curwood descende, por su padre, del capitán Marryath, famoso escritor inglés de aventuras. Corre, además, por sus venas sangre piel roja, transmitida por su madre, cuya bisabuela era una auténtica princesa india.

Curwood, según uno de sus biógrafos, casi no ha habitado en las ciudades. Vivió en el campo desde los seis años de edad, pues su padre fué colono a orillas del lago Erie, en una región rodeada de bosques y de pantanos. Aquí despertóse su gusto por la vida natural. Vagabundeaba por las márgenes del lago, sin asistir a la escuela donde estaba matriculado. Prefería a las disciplinas pedagógicas las excursiones por los pinares, arrullados de torcazas y donde las ardillas ponían la gracia pintoresca de sus colas engrifadas o cuyo silencio dorado horadaba el silbido de las ariscas perdices. Llegaba en sus vagabundajes a las tiendas de los indios que, más tarde, iba a describir en sus libros, en una maravillosa decoración de auroras boreales.

Los instintos salvajes, que palpitaban en él desde sus antepasados, dominan al muchacho hasta tal punto que, un día, abandonó la escuela y salió a vivir a pleno aire. Se hizo cazador de lobos. Era un hombre decidido y le fué bien. De su peligrosa aventura trajo el dinero suficiente para matricularse en la Universidad de Michigán y este fué el motivo, según Curwood, del cual nació su novela «Cazadores de lobos».

Llega el momento de escoger una carrera, Curwood no se encasilló en ninguna de las profesiones al uso. Se hizo, simplemente, periodista, es decir, repórter. Ejerció su oficio siete años. Fué ésta su escuela literaria; pero un vago instinto le advertía que la aventura iba a ser la fuente de su originalidad, de su

inspiración. Un día partió a las regiones septentrionales en busca de su verdad y de su arte.

Con las muchedumbres montaraces que descienden las impetuosas corrientes, a golpes de remo, cantando las viejas canciones galas que aun se conservan en el Canadá, atravesó el río Mackenzie y recorrió el Yukón y el territorio de Alaska. Vivió la vida pintoresca de los pueblos migratorios. Se acercó a los Chepenos de cara estrecha que cambian sus cueros de lobo por tabaco y whiskey en las factorías. Siguió a los mestizos y a los indios sobre los viejos puestos de caza. Su epopeya empezaba ya a germinar en su cerebro.

Estos hombres rudos, hundidos en el silencio del gran desierto blanco, eran enérgicos y nobles al mismo tiempo. Estaban desprovistos de las ventajas de la vida civilizada, pero, al mismo tiempo, de sus taras.

Muchas veces se cruzó con los sargentos de la policía montada, cazadores de hombres, que perseguían a algún *outlaw* fugitivo. Y pudo convencerse de que, en la mayoría de los casos, estos hombres primitivos no eran criminales.

Jim Carvel de *Bari, perro lobo*, David Deane de *Corazones salvajes*, son dos parias rehabilitados por Curwood. Y es éste otro rasgo de su espíritu: la piedad por los seres desgraciados.

En «Lazo de oro», una de sus mejores novelas, describe hábilmente los vicios y costumbres de los esquimales y en «Corazones salvajes» hay curiosos datos sobre los ritos funerales de los *Koymollochs*. Al mismo tiempo, la descripción de las estepas invioladas, de los formidables bosques de pinos, las magníficas noches polares, doradas por las auroras boreales y llenas de la misteriosa sinfonía de las nieves vivas, rodando por las quebradas y deshaciéndose en millones de arroyos al mordisco insidioso del torrente.

Valor, lucha, pavor y sangre, ardores y reacciones de la muerte sobre los hombres encarnizados en no morir, su victoria o derrota frente a los elementos desencadenados y la energía desplegada para sobrellevar los obstáculos, forman la médula espinal de la obra de Curwood.

Pero tanto las bestias como los hombres experimentan la inclinación, el embrujamiento de la mujer. Es una característica de Curwood. Así *Kazan*. Así *Bari*, su hijo. Así *Bram*, el loco primitivo que ha secuestrado, por amor y veneración de su belleza, a *Celia*.

La obra de Curwood es, como he dicho, una epopeya. Tiene del poeta épico las imágenes grandiosas y patéticas. Sobre todo cuando se refiere a los animales. Ya se trate de la Loba gris, compañera ciega de *Kazan* o de *Bari*, o ya se trate de *Vicoux* y de *Micke* en los *Grizzly*, historias de osos, nos hace acercarnos a ellos y considerarlos camaradas, a pesar de su animalidad, porque Curwood observa a las bestias no sólo como naturalista, sino como un sociólogo comprensivo y perdonador. Arrojadados en la gran aventura de la vida, ante esa formidable naturaleza polar, compañeros involuntarios o enemigos encarnizados de los cazadores de lobos o de las tribus nómadas que penetran a sus dominios y combaten con energía indomable a sus adversarios o defienden a los aliados que la suerte les deparó en la inmensa y blanca soledad del Polo.

MARIANO LATORRE.

Marie Le Franc y su libro *Grand-Louis l'Innocent*

NO siempre podemos hablar de libros que nos agradan: más que seguir nuestro gusto personal, creemos deber mantener al lector de ATENEA al corriente de la actualidad literaria, y no siempre nuestro íntimo placer está de acuerdo con el libro que, visto el momento literario, encontramos digno de toda estimación. La novela de Marie Le Franc, *Grand-Louis l'Innocent*, es una de esas escasas obras que logran conmover actualmente todos los medios, siendo además acogida por nosotros con emoción, casi diría la timidez pudorosa y secreta que reservamos a las obras predilectas.

¿Quién es Marie Le Franc? Es la primera vez que suena su nombre en las letras francesas. En las páginas iniciales de su novela leamos el consabido *Del mismo autor*: ha publicado ya dos volúmenes de poemas, *Les Voix du Coeur et de l'Ame*, *Les Voix de Misere et d'Allegresse*, editadas por Crés, y que han pasado completamente inadvertidas. Sabemos que cuenta unos cuarenta años, y que es maestra, como Gabriela Mistral, como Jeanne Galzy. Francesa, bretona, es desde hace años maestra en el Canadá. Y su novela nos coloca constantemente ante el contraste de su gris país de origen y el gran país blanco de su adopción.

Leamos lo que dice de ella y de su obra *Jean Richard Bloch* —cuya admirable novela *Et Compagnie* hemos elogiado en ATENEA—al presentarla a la prensa y a los lectores franceses: «Estoy tan orgulloso de publicar su primer libro como he podido estarlo de *L'histoire d'une Marie* (de André Baillon), *Kyra*

Kyralina (de Istrati), *Mansour* (de Bonjean), *Les Allongés* (de Jeanne Galzy), etc. Esta intitutriz bretona, emigrada al Canadá, a los veintiséis años, sin dinero, sin saber una palabra de inglés, sin tener un abrigo confortable, lleva en sí un demonio salvaje, terrible y magnífico. Este primer libro, al cual seguirán luego otros, es uno de los poemas más extraños que haya inspirado la Landa bretona. Visionaria celta, quizás igual a Yeats, me hace también pensar en el gran *Linankoski* del *Canto de la flor roja*. Lleva en sí la sensualidad quemante y polar. Tiene de los irlandeses el sentido del viento, de los nórdicos el sentido del frío, de los bretones el sentido del espacio, de la mujer, el sentido del amor, de sí misma, el sentido de la aventura. Confío esta primera novela del nuevo escritor al juicio de la crítica... Recuerdo que Baillon, Jeanne Galzy, muchos otros, no encontraron quien los imprimiera antes de dirigirse a la joven casa editorial en la cual mis amigos y yo nos esforzamos por hacer reinar la sencillez de los corazones, la defensa valiente de nuestras preferencias, el amor hacia el buen trabajo. No me siento, pues, molesto al señalar que *Grand-Louis* ha sido devuelto un día a Marie Le Franc por los servicios de un editor con esta nota: «Ridículo». En cambio, ha sido distinguido en 1925 por el jurado que le concedió la «Bolsa de Viaje Nacional». Por sí sola esta contradicción bastaba para excitar mi curiosidad.

Era arriesgado presentar un libro en una forma tan resueltamente elogiosa: bien sabemos que tendemos a disminuir lo que se nos ha alabado con vehemencia. Pues bien, *Grand-Louis l'Innocent* no ha desilusionado a nadie, y los críticos hoy sobrepasan en admiración al mismo Jean Richard Bloch. Se habla ya de «renovar el éxito de Marie Chapdelaine». Nosotros encontramos que ese paralelo insistente entre la obra de Marie Le Franc y la de Louis Hémon, es hacerle poco favor a la escritora. Por suerte, la apasionada bretona va mucho más allá en el análisis y la emoción que Louis Hémon en su novela atrayente, por cierto, llena de gracia y de dulzura, lo reconozco, pero algo meliflua en su conjunto, y como bañada en agua de rosas.

Lo que, a mi parecer, da todo su valor a la novela de Marie Le Franc, es el movimiento franco y viril, la emoción vigorosa, unida a la delicadeza más genuinamente femenina. Jamás se ha matizado mejor la evolución de un sentimiento amoroso desde el simple gesto caritativo de una mujer hacia un vagabundo, un loco sufrido y suave, Grand-Louis. Interviene luego el interés por volver a educar su mente adormecida; aparece la ternura, la costumbre teje sus redes: viven juntos, como hermanos. La mujer acaba por sentir cierta admiración por el hombre de arrogante figura que es Grand-Louis. Se insinúa, sutil, el prestigio del Misterio: nadie sabe de dónde vino Grand-Louis... durante la guerra, se le halló una mañana en el pueblo, perdida la memoria... Al verlo tocar con delicadeza objetos frágiles, encender un cigarro puro con gestos de *coinnasseur*, la mujer piensa, entre irónica y soñadora: ¿será un príncipe?... Y al fin surge entre ambos el amor, un gran amor silencioso y sensual. Lo hermoso de *Grand-Louis l'Innocent*, es que todo sucede allí casi sin palabras, en almas tan vibrantes y expresivas que una contracción del rostro, y hasta la perfecta inmovilidad ante un paisaje hermoso o un recuerdo, les basta para comunicarnos intensas emociones. «Los ojos de Grand-Louis hablaban el lenguaje equilibrado que le estaba rehusado a sus labios. Decían el largo esfuerzo del día, la jornada del hombre de acción cuyos incidentes cuenta luego en su hogar. Ella le ofrecía una mirada semejante, sin enternecimiento, sin perplejidad. Ya no era el hombre sobrenatural. Estaban iguales. Con los ojos, ella conversaba, discutía con él, hasta lo embromaba amistosamente». Era preciso romper el silencio con precaución, dar vueltas alrededor para encontrar la brecha por donde penetrar en el hermoso jardín liso. Ella susurraba: «Grand-Louis»... La respuesta estaba siempre pronta: «Eva». Y la voz quedaba suspensa sobre este nombre, levemente interrogadora, cargada de espera. Era en momentos semejantes cuando transparentaba bajo la envoltura del Inocente la figura del hombre que había debido ser. Eva se encontraba frente a un hombre nuevo, en cuya presencia se hallaba algo tímida».

Matices así son difíciles de expresar. La novela toda es el continuo y delicado triunfar de cosas por el estilo.

Cuando digamos que una naturaleza potente y magnífica es el cuadro de la novela, y que Marie Le Franc ha sabido con maestría poner a su obra en comunión con el paisaje, creando así una atmósfera intensa, habremos, lo esperamos, hecho sentir que *Grand-Louis l'Innocent* es un gran libro.

MARCELLE AUCLAIR.

Los tres aspectos de Jean Arthur Rimbaud

EL POETA

RS en la adolescencia, entre los 16 y los 20 años, cuando Jean Arthur Rimbaud escribe sus poemas más representativos. Antes había hecho versos meritorios, pero que no tenían esa fuerza de estallido, esa belleza extraña, que hicieron exclamar a Verlaine: «¿Quién es este muchacho que a los 16 años ha escrito los versos más hermosos del mundo?» Después de los 20, es decir en 1874, Rimbaud mata voluntariamente al poeta, a sus esperanzas y a sus quimeras. La vida se le presenta con otros horizontes y se lanza a la aventura. Pero bastaron cuatro años para que el Poeta Maldito, como lo llamó Verlaine, dejara poemas tan bellos como las Iluminaciones, Barco Ebrio, el Soneto de las Vocales.

Por aquellos años Rimbaud hacía la bohemia en París, en compañía de aquel viejo bebedor de ajeno, a quien los versos del poeta niño conmovieron tan hondamente que su poesía posterior salía con reminiscencias de las audacias líricas de Rimbaud. Fueron solamente unos pocos los que entendieron a Rimbaud, los que supieron ver su intención, su originalidad resalante, las bases de la nueva estética que quería implantar. Los demás lo negaban o se reían de él. A propósito del famoso soneto en que Rimbaud atribuía a cada vocal un color, François Copée escribió una sátira que comenzaba:

Rimbaud, fumiste réussi
—dans un sonet que je déplore—,
veut que les letres O E I
forment le drapeau tricolore.

Sólo 16 o 18 años más tarde, cuando Rimbaud andaba perdido en las inmensas soledades africanas, un grupo de locos habla de una estética sobre la base de los versos que se conocían de él.

La imaginación máxima de Jean Arthur tenía también algo de la videncia que según sus teorías debía ser la cualidad predominante del poeta. Cuando escribió Barco Ebrio, todavía el mar no había tendido ante su vista la sábana de su perenne movilidad. Pero al darse vueltas las hojas del tiempo, Rimbaud iba a ir pasando por todas las etapas de su poema.

Como hombre fué intratable durante los años que vivió en París. Sólo Verlaine lo comprendía y lo soportaba, porque el carácter brusco, impulsivo de ese loco terrible era una muralla que cualquiera no podía franquear. Sólo Verlaine lo quiso. Y es que Jean Arthur supo guiarlo, dominarlo, llevarlo a donde quería. Hasta que la amistad terminó bruscamente con el drama de Bruselas, en que Verlaine disparó un balazo sobre la mano de su amigo. Y fué a ésto a lo que algunos mal intencionados, guiados por la mujer de Verlaine, que miraba con malos ojos la dominación que el Maldito ejercía sobre su marido, quisieron dar una significación muy distinta de la que en realidad tuvo.

A los 20 años Rimbaud decide matar al poeta que vive dentro de él, que canta con su voz, que sueña con sus sueños. Quiere lanzarse por el camino de las aventuras al movimiento y a la acción. Piensa que el soñador está de más. ¡Pero lo que hubo, Rimbaud, fué que quisiste vengarte de aquellos individuos sin comprensión que formaban el ambiente en que viviste; fué que quisiste vengarte, Jean Arthur, negándoles para siempre el metal de tus cantos! ¡Fué que para que ellos no te oyeran cantar que quisiste matar el poeta! ¿Lo conseguiste? ¿No es también una forma de ser poeta el hecho de embarcarse en un largo viaje sin regreso seguro?

EL AVENTURERO

Mientras Jean Arthur Rimbaud recorría la Europa en todas direcciones, trabajando en los oficios más heterogéneos, viviendo

al aire libre o de cualquier manera, buscando contrata en las tabernas de los puertos, huyendo de la policía—que siempre ha sido enemiga de los vagabundos—, tenía en su cerebro una constante, una fascinadora idea: ir a Oriente. ¿A qué?

Su viaje al Oriente le fué dificultoso. La primera vez que lo intentó fué desembarcado en Italia, gravemente enfermo. Cuando por fin consiguió llegar a la isla de Chipre, causas ajenas lo volvieron nuevamente a Francia. No obstante, él iba a insistir. Una ebriedad de caminos y de puertos lo empujaba, y llegó. «He buscado trabajo en todos los puertos del Mar Rojo, escribía a su familia en 1880, después de haber recorrido el océano de una a otra orilla; espero reunir algún dinero para dirigirme a Zanzíbar».

Luego de haber atravesado el desierto Somalí—veinte días a caballo—, Rimbaud llega a Harrar, siendo el tercer francés que pisaba aquellos territorios. Ya entonces encuentra trabajo en una firma francesa que comerciaba en Africa. M. Bardey, su patrón, lo hace recorrer el desierto y una fiebre de exploración se apodera de él. Dos años después escribe a un amigo que tiene en Francia, para encargarle el envío de diversos instrumentos y libros que necesita en sus exploraciones. Sus viajes por el desierto, sus audacias, que lo hicieron recorrer comarcas por donde jamás se habían aventurado los europeos, dan origen a indicaciones científicas de tanto valor que la Sociedad Geográfica de Francia, «deseando reunir en su álbum retratos de todos los franceses que se hayan formado un nombre en las ciencias y en los viajes», le pide su fotografía, lugar y fecha de nacimiento y la enunciación de sus trabajos. ¡Cosa extraña! París que ha olvidado al autor de *Barco Ebrio*, ¿va a interesarse ahora por el explorador? Rimbaud no respondió a esta petición.

Luego organiza una caravana para ir a vender fusiles a Menelick, un reyezuelo de Choa. Más de dos meses anda perdido por el desierto, sus hombres desertan, los caballos se mueren, la fiebre hace estragos, pero él llega con algunos negros y las armas, que ahora Menelick rehusa comprar. Sus aventuras tie-

nen en realidad muchos dolores y muchas desesperanzas, pero él no desmaya.

Hasta que un día un mal extraño empieza a roer su cuerpo y el aventurero audaz, el vagabundo incorregible, tiene que volver a Francia, abandonando la factoría que por cuenta propia había instalado en Harrar. Lleva una pierna inflamada y se la hace amputar, llegado a Francia. Entonces la desesperación se apodera de él. Estoy inútil, dice, incapacitado para todo. ¡Y pensar que hay tantos rincones en el mundo que me quedan por conocer!

Con la muerte del aventurero murió también el hombre, a los 37 años de edad.

RIMBAUD SENTIMENTAL

Casi todos sus biógrafos han dado poca importancia a la vida sentimental del poeta. Pero bien vale hablar algo de ella. Recordemos.

Cuando Jean Arthur hizo su primer viaje a París, a los 17 años, una niña de Charleville, la ciudad del poeta, se fué con él, abandonando familia y hogar. La noche de la llegada durmieron sobre unos bancos del boulevard. Rimbaud no quiso que ella siguiera compartiendo su miseria y al día siguiente, reunió todo el dinero que tenía y la obligó a volverse a Charleville. Se ha dudado de la veracidad de esta aventura, pero Louis Perquin tiene en sus recuerdos bien presente este episodio: «Fué algunos meses después, en un café de Charleville. Rimbaud estaba irremediablemente triste. Yo, por quitarle su pena, le dije: «¿Qué hay de tus amores? ¿Te estás acordando de la chica?» Me miró tristemente. «¡Cállate, te lo ruego!», y tomándose la cabeza con las manos se puso a llorar».

Un idilio, perdido en el ridículo, pasa después por su vida. El poeta había visto muchas veces en una ventana de la ciudad a la hija de un industrial de Charleville y su visión regocijaba los ojos del muchacho. Un día le envió versos ingenuos—una declaración lírica—y le dió una cita en la estación. La mucha-

cha acudió, acompañada de una criada, pasó delante de él, lo miró de arriba a abajo, sus ropas viejas, su melena enormemente larga, y siguió sin detenerse. Los ojos azules de Rimbaud no le habían causado ninguna impresión.

Y ya no tenemos otras noticias de su vida sentimental hasta muchos años después. Según los relatos que algunos comerciantes franceses de Djibouti hicieron a Pierre Mille, Rimbaud para la buena marcha de su comercio necesitaba conocer todos los dialectos indígenas y para aprenderlos se había formado un harem compuesto de mujeres de todas las razas...

Luego sabemos que vivió maritalmente con una abisinia, mujer grande, hermosa, de maneras muy sueltas. Era católica, hablaba pésimamente el francés y gustaba fumar cigarrillos. Estas son todas las noticias que sobre este amor de Rimbaud tenemos. ¿Cuándo empezó el idilio; cuándo terminó? ¿Cómo se llamaba la negra? ¿A ella se refería cuando en 1890 escribía a su madre: «¿Podría irme a casar a tu casa?»

Pero parece que un amor de la vida del poeta, es decir del adolescente, se sostuvo en el aventurero, en el hombre: el recuerdo de aquella muchacha que abandonó todo por seguirlo a París. Su hermana Isabel, haciendo memoria de algunas de las incoherencias que Arthur hablaba a la hora de la muerte, cree que se refería a eso.

Es justo que algo perdurara, en la inmutable vida de ese hombre estupendo, cuya inquietud no aceptaba límites de ninguna especie. Es justo que un recuerdo siguiera sus pasos, sus fugas y sus aventuras, de guardia en la cofa del barco ebrio de su corazón.

LUIS ENRIQUE DÉLANO.

Rincones de Santiago

ENTRE los arquitectos que estudian la transformación de la ciudad—bobalicona y simpática como esas chicas que crecen repentinamente—y los transeúntes que dicen atrocidades de sus tranvías y de sus aceras, hay unos pocos hombres solitarios que le dedican un cariño sosegado.

Cariño sosegado que no les lleva ni al municipio ni a la prensa a combatir por barrios y servicios, y sólo les empuja a vagar por una calle vieja, a buscar un banco abandonado, a abrir en las noches españolas de diciembre, un balcón frente a las estrellas.

Son muy pocos. Yo los conozco. Saben todos los pequeños secretos de sus calles, de sus venteros, de sus rumores, de sus orgullos y de sus campanas. Salen de noche, porque es de noche cuando la ciudad dice sus palabras leales, y trama sus novelas, y muerde la manzana prohibida, y junta en la misma acera penumbrosa el sigilo del apache y la pisada alta-nera de don Juan.

Son, a su modo, poetas. Conocen esas callecitas anónimas y cortas, que siempre tienen una cité con tiestos rotos, y muchachas pálidas, y fonógrafos que no callan jamás.

Han leído todos los letreros grotescos de sus murallas, y han visto, en un charco inmóvil, pasar la luna.

Y ellos son los verdaderos propietarios de la ciudad. Sus nombres no son conocidos por el Conservador de Bienes Raíces, pero ellos son los dueños de la persiana entornada, del viejo farol, de la esquina solitaria, de la acera destrozada por la cual pasa, hacia la dicha, la pareja eterna. El, embustero y

truhán; ella, un poco pálida, y los dos tan embobados por las palabras, por los anhelos y por muchas cosas que no existen, que no saben dónde termina la calle y comienza el paraíso.

Algunas noches, en las avenidas solitarias, estos hombres buscan un banco abandonado, y se embriagan con el rumor vasto, monótono, sordo, oceánico de la ciudad, que es alegre, y es triste, y hace mal.

Guardan un buen cariño para la Alameda, que es el noble camino antiguo, sombreado y anchuroso, abierto por los años y el afán de los hombres, para deleite y orgullo de los encumbrados señores. Abuelo de la patria, salud de la ciudad es este camino; bajo sus frondas anduvieron los héroes y próceres que después llenaron nuestra historia con el rumor de sus sacrificios y de sus espadas. Es vasto y claro, y tiene paz y luz de viejo patio de casa poderosa. El tumulto de la calle mezquina, la miseria del arrabal y la prisa del mercader, no tienen asiento bajo estos árboles añosos que han visto pasar, camino de la muerte, generaciones y generaciones.

Es posible que los muchachos de esta edad sin grandeza, prefieran la calle pinturera y resonante, envanecida con el escaparate, el cartel innoble y la mujer bonita. Pero los amantes de la ciudad comprenden que esas son cosas efímeras, no belleza perdurable. Ellos saben que la Alameda es la vía verdadera que sabe de la anchura y del señorío. No es obra de un municipio, que es hija del tiempo. Ella ofrece la perspectiva, la ráfaga, el cielo abierto y la fronda. En la Alameda el árbol conserva la majestad que luce en las soledades montaÑeras, y el hombre tiene opción al crepúsculo y a la noche estrellada.

Los amantes de la ciudad van a veces a los barrios plebeyos. La calle San Pablo, colérica y triste, estruendosa y salpicada de lodo, es el barrio bajo que está de mal humor.

Mientras la calle San Diego sonríe, se enamora, se pinta los labios, se cubre los dedos con sortijas falsas, y termina siempre por ser, al mismo tiempo, encantadora, sublime y ridícula, la calle San Pablo gruñe, lanza su agria tufarada de cocine-

rías y bodegones, y deja caer en los oídos santos del niño la palabrota ruin.

Por aquí no vive la canción ni la galantería, por estas ace-
ras rotas y desiguales, taconeando el jadeo, el sufrimiento, la pri-
sa y el harapo. Nunca esos hombres que son amigos íntimos
de todas las barriadas de esta desparramada ciudad, vieron tar-
des más tristes que las que caen, lívidas y abrumadoras, refle-
jándose en los charcos de esta calle.

Al sol de octubre le cuesta vestirla de oro. Y cuando la
nochebuena, por fin, logra llevarle un cohete, un farol chinesi-
co y una mujer bonita, entonces de la taberna sale la penden-
cia con las manos crispadas y lo echa todo a rodar. Otelo
pasó aquí. Don Juan no.

En parte alguna se vió más lóbrego y más pobre el peque-
ño restaurant. Una puerta ancha, dos mesas con hule desgaa-
rrado, un viejo aparador y un brasero con tuestos humeantes,
bastan para atraer parroquianos y deudas. Desde las once de
la noche aquí se conoce el color de la bofetada y la cara de
la multa. Los muchados no han aprendido el mecanismo de la
galantería, pero tienen unas manazas duras como cascos de ca-
ballo. Son campeones, no poetas, los novios.

Pero tiene vida la calle San Pablo. Derrocha brío, movi-
miento, estrépito, ansias, pasiones. Nada de languideces ni de
sosiego. Aquí se batalla por el pan o se atrapa la cartera, se
trabaja o se atropella, pero se vive frenéticamente, con unos
deseos arrolladores de vencer.

El pobre hombre que viene de provincia, enloquece entre es-
te río de tranvías y camiones, y anda por ahí con una cara
de náufrago, consultando a todos los policiales de las es-
quinas.

¿Y sus pregones? Merecen el himno. Porque ser pregón en
una calle bien educada y modosita como Lira, como Miraflo-
res, o como Teatinos, nada significa. Basta una cesta con merca-
dería y una voz cualquiera. Hasta a una cupletista se le oiría. Pero
ser pregón entre este infierno de bocinas, de gritos, de detona-
ciones, de choques y de silbidos, es una de las formas nuevas

del heroísmo. No valen las naranjas tanto como el alarido que las anuncia.

Cuando apenas empieza a amanecer, estos pregones despiertan a todo el vecindario, y la gente se echa a la calle con la rabia de no haber dado remate al sueñecito sabroso de la mañana. De ahí viene la cólera, la nerviosidad, el mal humor, la destemplanza y los modales bruscos de esta calle. Esta es la calle que no ha dormido bien.

D. DE LA VEGA.

El maravilloso viaje de Nils Holgersson

—¡A Nils Holgersson, el cuidador de patos, lo han vuelto duende!—gritan las gallinas regocijadas en el corral. Los patos alargan el cuello y ven que su cuidador se ha vuelto un Pulgarcito más pequeño que un ratoncillo de última clase.

A Nils lo han vuelto duende, lo han vuelto duende porque era un haragán que tenía muertos de terror a los patos, los gorriones, las vacas y las gallinas; así es que todos, todos están contentos de la desgracia de Nils. El gato Minet se siente tigre, porque puede abatir bajo su pata blanda al duendecillo. —«Al fin me las pagarás bribón; cuántos tirones de rabo, cuántos puntapiés, cuántos malos ratos he pasado por ti; y no te encares conmigo porque te hundo las uñas en el pecho». Nils mira a todos lados buscando un amigo, nadie, ni los patos; se palpa el cuerpo atribulado y es cierto, lo han vuelto duende sin remedio.—«Entiendo hasta el lenguaje de los animales ¡qué desgracia! y hasta me han dejado un par de zuecos tan pequeños que no cabe en ellos ni la mirada, qué será de mí cuando vuelvan mis padres de misa y me encuentren en este estado y lo peor de todo: ninguna joven del país consentirá en ser mi esposa, ninguna!»

Pasan los patos silvestres por los campos de Suecia, pasan anunciando la Primavera. «Volamos hacia las montañas, volamos hacia las montañas, venid con nosotros, venid». Los patos viejos y sensatos no levantan ni la cabeza, pero los jóvenes se inquietan; pasa un airecillo tan tibio que invita a cualquier locura.—«Volamos hacia las montañas» y el pato más joven del corral grita:—«Yo voy con vosotros, esperadme, voy con

vosotros». Cómo detenerlo, Nils; qué dolor sentirán tus padres al volver de misa si no encuentran al pato Martín en el corral. Y Nils salta entre ellos y se abraza al cuello de Martín que ya ha emprendido el vuelo tras de la bandada de patos silvestres. Y va Nils colgando del cuello de Martín como un sapo en el pico de una cigüeña. El vértigo lo ciega y lo extravía y ya no piensa en que vuelva Martín al corral, sólo piensa en acomodarse sobre el lomo liso del pato para no caer.

Va volando la bandada a través de los campos de Suecia. Cuadritos verdes, cuadritos rojos, cuadritos pardos, cuadritos verdes. Son los campos de Suecia divididos en granjas, son los campos donde apunta la Primavera; es una inmensa tela a cuadros que pasa y pasa, y Nils se siente súbitamente entusiasmado en el lomo del pato Martín.

La bandada es diestra en el vuelo, ha cruzado muchas veces el país hasta Laponia y tiene las alas duras. El pato blanco, el pato doméstico que sólo ha abierto las alas para danzar en el corral, se va quedando atrás.

—Okka, Okka el pato blanco se nos queda atrás, no puede más.

Okka es una pata con alma de general en jefe.

—Decidle que volando ligero no se siente el cansancio—y sigue su vuelo indiferente. El pato Martín hace un esfuerzo para desmayar luego.

—Okka, Okka, el pato blanco se muere de cansancio.

—Decidle que volando más alto no se siente el cansancio.

Y Martín hincha el pecho y sigue a la bandada con su pasajero a cuestas.

«Los patos silvestres desprecian a los patos domésticos—piensa Martín, y agita las alas con más brío—les probaré que los patos domésticos valemos más de lo que ellos se imaginan», pero apenas si puede ya con sus alas.

—Volvamos querido Martín, no alcanzarás a Laponia, volvamos a nuestra granja.

—Cállate sapo, o doy un sacudón y te tiro a tierra; te traigo de pegote y te atreves a aconsejarme a mí.

Callado Nils, callado bajo el cielo y sobre la tierra callada, solo, con su madre tan lejos, vuelto duende entre tanto pajarraco desconocido, abandonado a su suerte.

Pasan granjas, campos, lagos, granjas.

—Habéis venido demasiado temprano, el invierno no se marcha aún—gritan las aves de corral.

—Volamos hacia las montañas, volamos hacia las montañas.

Y pasa el medio día y llega la tarde y la bandada vuela aún. El mar se traga al sol y por fin se divisa el lago Vömpsjo. Muestra sus hielos flotantes donde descenderá la bandada y pasará la noche. Desciende y Martín cae rendido, muerto de cansancio. Nils lo mira espantado.—«Lo único que tengo en el mundo, gime Nils, qué será de mí si muere, Señor».

Lo tira hacia la laguna y le hunde el pico en el cieno, y se salva el pato blanco, vuelve a la vida. ¿Quién lo salvó? Fué Nils, el despreciable Nils, y sella con él una amistad firme.

La bandada no conoce al duendecito, no sabe que viene con ella un hombre y qué terror inmenso cuando ve una figura humana entre ella.

—De los hombres no puede venir nada bueno—graznan espantados—; que se marche, que se marche.

—Pero ¿no os da vergüenza tenerle temor a una mosca con calzones?—dice Martín—; ¿qué será de él en medio de la noche entre las raposas y los cuervos, el hielo y los bosques?; no hará más daño que hacer sonar sus zuecos en la nieve. Dejadlo aquí; es tan pequeño y tan desamparado.

Y Nils se queda en la bandada, entre la bandada que se acomoda para dormir. Martín lo mete bajo su ala y lo aprieta en la tibieza de sus plumas. ¡Qué dulzura! el descanso, el abrigo, el sueño por fin!

Toda la bandada duerme mientras la señora Esmirra acecha; ha visto el triángulo negro volar sobre el bosque y quiere cenar con un pato; y busca, husmea con su hocico hambriento dónde estará su cena. Los hielos flotantes son malos y traidores, el trozo de hielo atraca a tierra mientras duerme la bandada. Por

fin Nils sabrá demostrar cuánto vale un hombre aunque sea de seis centímetros.

Cae Okka en los dientes de la zorra y Nils la salva, pero ¿es posible? Esa cucaracha con calzones salvó a Okka, a la vieja pata gris de cien años, respetada por todos los patos silvestres del Norte. Entra la gratitud hacia Nils en el pecho de los patos y con ella un poquito de ternura para el pobre Pulgarcito tan solo, tan sin ningún afecto, tan triste en su situación de duende.

Ya es de la familia el pequeñísimo Nils y sigue el viaje a través de Suecia, a través del país encantado. Vamos embarcados en este libro, por lagos, tempestades, landas y nubes, vamos convertidos en un duende, sintiendo el vértigo delicioso del vuelo.

Buscando la Primavera van los patos a través de la Suecia, van al Norte, a la Laponia. Nils ha conquistado ya todo el corazón de la bandada; cómo quieren y miman los patos silvestres al pequeño duende que se ha vuelto de un corazón tan dulce que no tuvo entre los hombres. La vieja Okka es su nodriza; los demás patos sus más alegres camaradas.

Se encuentran muchos conocidos en el viaje, se encuentra al señor Emerinc que viene a preparar el nido de su esposa, la cigüeña; se encuentra a la pequeña ardilla más simpática e inteligente que cualquier habitante de nuestras ciudades; a la lechuza, los pinzones, las gaviotas. Y se sigue este vuelo encantado que dura tres meses, cabalgando, en el día, en el lomo del pato Martín; abrigado bajo su ala, en la noche; sintiendo el corazón azorado cuando la raposa mete su hocico entre la bandada; feliz en medio de la algarabía de la laguna.

Selma Lagerlöff nos da en este libro el mejor regalo, la mejor ofrenda de su país con sus leyendas, sus costumbres, sus paisajes. Nos da su país entero en este libro que apasiona más que la mejor novela pasional. Mientras seguimos su lectura y vivimos entre sus patos silvestres, sentimos un grande, un inmenso alivio de la gente que nos rodea.

A. A.

El libro chileno

Señor Director de ATENEA.

Muy señor mío:

En el N.º 3 de ATENEA, que acaba de publicarse, se lee un artículo de don Alberto Romero, sobre el tema que indica e título de estas líneas, al que deseo hacer algunas observaciones y rectificaciones de importancia, para lo cual espero la hospitalidad de las páginas de su importante Revista.

Principia el señor Romero por decir que apenas pasan más allá de la calle Huérfanos los libros de nuestros escritores más afortunados, pues la mayoría apenas llega ahí. Agrega que sólo algún turista millonario que pasa por Santiago da motivo para que los libreros expongan en sus escaparates los libros nacionales, impresionándole (al turista) el creerse descubridor de la literatura chilena.

Si no es intencionada la declaración del señor Romero, denota que este señor está muy poco al corriente de la circulación del libro chileno y más aun del buen concepto de que goza en la América española, y aun en Estados Unidos y Brasil.

El artículo del señor Romero, agrega además que al fin se ha fundado una editorial que acabará con esa situación.

Deseo y espero que esa empresa sea un nuevo conducto de la cultura chilena, pero de ahí a que el libro chileno haya estado abandonado y desconocido, hay una gran diferencia con la realidad. El infrascrito tiene la satisfacción de haber hecho circular ampliamente el libro chileno en América.

Si los resultados financieros no han compensado el esfuerzo

hecho en ese sentido, no han bastado para hacerme flaquear en mis actividades para darlo a conocer.

Varias personas, entre las cuales hay una actualmente entre nosotros, que han viajado por toda América, me han dicho que se admiraban de encontrar tan diseminados por toda América los libros de nuestra casa.

Estas declaraciones me alientan para seguir tenazmente esta propaganda por el libro chileno, y bastan para compensar, por lo menos por ahora, nuestros sacrificios en ese sentido.

Espero que con estas líneas el señor Romero se convencerá de que si los libros chilenos siguen circulando cada vez más, no principiarán sólo ahora a ser conocidos, y que nuestra casa sigue en forma ascendente sus actividades en este sentido.

Agradezco de antemano la publicación solicitada y me suscribo, señor Director, de Ud. atto. y S. S.

CARLOS GEORGE N.

“La agonía antillana”

(El imperialismo yanqui en el Mar Caribe)

DE su viaje por las Antillas Mayores—Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba—ha hecho Luis Araquistain un interesante libro. Observaciones, impresiones, ideas, de todo hay en este libro del perspicuo periodista español, cuya fina pupila y percepción y penetración intelectual gozan de tan justo crédito en los países hispanos.

Según sus propias palabras, este libro pretende ser un ensayo de hispanoamericanismo crítico:

«Hasta ahora, en el diálogo entre españoles e hispanoamericanos, se ha abusado de los afectos amables u hostiles y se ha ejercitado poco la inteligencia crítica. En el menosprecio como en la estimación, los juicios han sido demasiado globales, demasiado genéricos, sin advertir los que hablaban de España, en bien o en mal, que hay muchas Españas existentes, y que es estúpido medirlas a todas con el mismo rasero; error en que han caído también casi siempre los apologistas como los detractores españoles de América, ignorando que hay muchas Américas y, dentro de cada República, muchas repúblicas y muchos hombres discordes, y que es necio enjuiciar todo el continente hispánico, y cada país, con la misma lisonja o la misma invectiva».

Hasta ahora se ha querido hacer un hispanoamericanismo sobre la base de mutuas y estériles zalamerías y vanos vituperios, hispanoamericanismo que arrastra una vida lánguida y que sólo causa cierta animación alrededor de las fiestas de la raza y banquetes diplomáticos. Ha saltado en él el espíritu crítico, que es diferenciación de méritos o deméritos individuales y nacionales.

«Y el pecado mayor lo han cometido los españoles, creyendo en la mayoría de los casos que tenían el deber de ensalzar desmedidamente en público—aunque muchas veces se burlasen en privado—cuanto venía de América. Naturalmente, este desconocimiento o esta insinceridad hallaba dolorosas repercusiones en la conciencia crítica de los países de Ultramar, al ver cómo en España se elevaba a los cuernos de la luna lo que allí se diputaba fútil o pernicioso. Muchas reputaciones adquiridas artificiosamente en España, muchas loas injustificadas y, sobre todo, el silencio de muchos crímenes cometidos por algunos déspotas hispanoamericanos, han sido fatales para un hispanoamericanismo inteligente, es decir, crítico; es decir, severo con nuestras ineptias respectivas».

Indudablemente que no es posible construir una alianza espiritual sobre tales bases. Una verdadera amistad sólo puede existir cuando hay un reconocimiento previo de las virtudes y defectos de cada cual.

Un hispanoamericanismo así no era el que podía atraer a los hombres dotados de espíritu crítico, que veían y ven en él una simple farsa y no una durable y verdadera amistad entre España y los pueblos hispanos. Pero «ya es hora de dividir el hispanoamericanismo, de diferenciar un hispanoamericanismo que agrupe, o simplemente alie en espíritu, a los hombres de España y América que tengan una aspiración afín de libertad en todas las manifestaciones de la vida».

El libro de Luis Araquistain está dividido en tres partes: Puerto Rico, Santo Domingo-Haití y Cuba, en cada una de las cuales estudia o habla de aquello que vió y observó en su viaje. Aparte de aquellos capítulos dedicados a pintar ciertas costumbres, ciertos rasgos psicológicos de las razas que pueblan las Antillas Mayores, habla Araquistain de los fenómenos étnicos y económicos producidos en esas islas a causa de la dominación norteamericana. Esto es lo más importante del libro, lo más interesante de él, lo que más debe llamar la atención de los pueblos hispanos, ya que esos capítulos están llenos de enseñanzas y de advertencias que debemos aprovechar y oír. Entre ellos está el relacionado con la africanización de las Antillas Mayores, el desplazamiento de la población blanca por la negra, labor empezada por los ingleses, franceses, holandeses y dinamarqueses en sus respectivas posesiones del Mar Caribe,

y proseguida dignamente por los Estados Unidos. La africanización de las Antillas Mayores trae por consecuencia la destrucción de los gérmenes de la nacionalidad y civilización blanca, creando una población de negros sin sentido de independencia ni de nacionalidad, que reemplaza lentamente a los trabajadores de raza blanca, que no pueden competir con ella. El negro trabaja por cualquier jornal y resiste como nadie el sol tórrido en las plantaciones de la caña de azúcar.

Esta es hoy día la gran tragedia racial de Cuba: su creciente africanización. Mientras España mantuvo su dominio en ella, el peligro no existía, ya que los españoles se preocuparon siempre de mantener el predominio de la raza blanca, por medio de la propiedad individual que caracterizó al tipo de colonización española; pero cuando España se retiró, reemplazada por Norte América, otro fué el cantar. Para facilidad de su dominación económica y política, al gran imperio del Norte le conviene la población negra y le estorba la blanca, formada allí especialmente por españoles y descendientes de ellos. En el año fiscal de 1925-1926 se calcula que entraron en Cuba 18,505 haitianos y 3,667 jamaíquinos, y en el año de 1926-1927, 19,193 haitianos y 2,412 jamaíquinos. Total en dos años: 43 mil 777 negros. A estas cifras hay que añadir los que entran de contrabando y que algunos especialistas suponen que no bajarán de 40,000 anuales.

Las compañías azucareras (norteamericanas) que importan braceros están obligadas por la ley a devolverlos, terminada la zafra, a sus tierras de origen. Pero ¿que sucede? Que los negros se desvían hacia las poblaciones y jamás vuelven a su tierra; de lo cual resulta que al año siguiente se hace necesario introducir otro contingente de haitianos y jamaíquinos. A este paso, si un acontecimiento imprevisto y deseado no le pone atajo, y tomando en cuenta la facilidad de adaptación del negro, su conformidad con cualquier jornal y su terrífica prolificidad, dentro de algunos años la isla de Cuba será abandonada por los blancos y en ella sólo quedará una inmensa población negra y amarilla, haitianos, jamaíquinos y chinos, que

vivirá tranquilamente, gobernada por la mano de hierro del gigante del Norte.

No menos interesantes son los capítulos destinados a estudiar la forma en que Norte América se ha ido apoderando de las Antillas Mayores; cómo se ha valido de todos los medios—falaces, tranquilos, violentos, audaces, legales o ilegales—para asentar sobre esas tierras su gran pie de conquistador; cómo ha comprado a los más débiles o a los más ambiciosos, cómo ha desterrado—por mano indirecta—a aquellos que se atreven a levantar la voz reclamando una amplia soberanía; cómo sus agentes, entre ellos el ya famoso National City Bank, se apoderan lentamente de las finanzas de un país, mientras las compañías yanquis absorben lentamente la propiedad de la tierra azucarera, comprándola a los desamparados e inermes isleños.

¡Y tantas cosas más!

Luis Araquistáin cree y no cree posible un despertar colectivo del sentimiento de independencia y soberanía en esos países. Mientras algunas veces lo afirma, otras se muestra pesimista, o, por lo menos, desesperanzado. Sin embargo, en todo el libro hay un aliento de esperanza, un dulce sentimiento fraterno de solidaridad en el dolor y en el anhelo de esos países aherrojados.

MANUEL ROJAS.

EX - LIBRIS

CAMOENS, por *Fidelino de Figueiredo*.—Edit. Voluntad. S. A., Madrid, 1928.

Fidelino de Figueiredo, a pesar de su juventud, representa un aporte considerable a la literatura crítica e histórica de su patria. Las grandes figuras portuguesas y los principales períodos literarios de Portugal han sido estudiados concienzudamente por Figueiredo en libros ya numerosos y de preciada consulta.

Hacia falta que se tradujera al castellano este breve ensayo sobre Camoens, libro más de divulgación que de investigación. En efecto, en él se nos resume, en forma clara y precisa, la biografía camoniana, se examinan críticamente sus obras y se hace, en fin, un arqueo de la literatura crítica suscitada por la mayor figura artística de Portugal.

Es en verdad un arte amable el de este crítico que sabe hacer amenos los estudios que la prolijidad y hasta la ceguera batalladora de muchas generaciones de estudiosos habían rodeado de espesa capa de erudición. Este manual sobre Camoens está destinado por eso a ser leído con placer a la vez que con provecho por cuantos quieran conocer brevemente cuanto se refiera al autor de los *Lusiadas*.

EL MUNDO COMO VOLUNTAD Y REPRESENTACIÓN, por *Arturo Schopenhauer*.—M. Aguilar, Editor. Madrid.

Las relaciones entre Schopenhauer y el pensamiento español, declaradas por el propio filósofo y atestiguadas por la traducción de *El oráculo Manual* de Gracián, en que se anunciaban,

con dos siglos de anticipación, algunas de sus ideas, no han sido hasta ahora incentivo para la versión esmerada e integral de sus obras al castellano. De este libro, que es la piedra angular de la filosofía de Schopenhauer, no existía traducción completa, y ésta ha sido hecha esmeradamente sólo en el año que corre por el profesor español D. Eduardo Ovejero.

No es éste un libro fácil de leer. La mente de Schopenhauer, organizada con una precisión extraordinaria, caía de vez en cuando en arbitrariedades que se notan en el gran número de notas y complementos que debió poner a cada una de sus obras, y especialmente a ésta, cuya materia es la más extensa y fundamental. Por eso mismo no se puede hablar, en el caso de Schopenhauer, propiamente de un sistema. Sus libros son observaciones, apuntes, materiales para una síntesis que se ha venido haciendo, unas veces paralelamente a él, otras en contra de sus anticipaciones, con posterioridad a su muerte.

La iniciativa editorial de divulgar a Schopenhauer en castellano tiene singular importancia. La obra de este filósofo conserva tanta fuerza vital y ha informado de tal modo la de sus continuadores, declarados o no, que su conocimiento es indispensable para la adecuada comprensión de los actuales problemas filosóficos.

Este libro está precedido de un completo prólogo biográfico del traductor, que se detiene especialmente en lo que llama la *hispanofilia* de Schopenhauer.

GLOSARIO DE REVISTAS

Wells cree en el fracaso de la civilización

Recientemente fué entrevistado el novelista e historiador inglés H. G. Wells por un inteligente periodista, Beverley Nichols, que ha resumido su conversación con el genial escritor en un artículo que con justicia ha llamado la atención de la opinión europea. Este trabajo, reproducido abundantemente por la prensa del viejo mundo, merece ser conocido, siquiera en parte, por nuestros lectores.

He aquí cómo empezó el periodista su conversación: «Si se fundase un periódico destinado a los conocimientos generales y capaz de circular por el orbe entero, probablemente le nombrarían a usted el *factótum*. ¿Aceptaría usted?»

«Wells movió dubitativamente la cabeza.

«—¡Oh! No; no lo creo en modo alguno. Sería cosa divertida el ensayarlo. Arnold Bennet lo haría muy bien. Y Gilbert Murray, desde luego. Fulano (aquí nombró a una figura

muy discutida en el mundo literario) podría contestar a todas las preguntas que se le hiciesen y mostraría una colección única de muletillas escolares. Pero, de todos modos, ¿qué es lo que entendemos por «conocimientos generales»?»

Luego el novelista agregó:

«—Veo cómo aumentan los conocimientos humanos y cómo aumenta el poder del hombre. Veo las posibilidades de la vida en perenne aumento, y no veo la posibilidad de ponerles un límite. La existencia me impresiona como un perpetuo amanecer. Nuestras vidas, tal como yo las comprendo, nadan en la expectación.

«Nuestras vidas nadan en la expectación». Buena frase. Tiene la frescura de la juventud, y es tanto más notable cuanto que viene de un hombre cercano a los sesenta, un hombre que no titubea en pensar que él, y todo el resto de nosotros, estamos viviendo al borde de toda clase de desastres imaginables. Esto, por supuesto, se sabe ya por sus obras; pero

impresiona aún más cuando se le oye decirlo a él mismo y se le contempla curvado, con el cuello inclinado, recogido como un resorte pronto a distenderse.

«—Creo que la civilización va a fracasar—dice en voz baja—. En verdad, sé que un gran crujido se acerca; por lo menos en la medida humanamente posible de saberlo. Hemos llegado al momento de una revisión completa de los sistemas políticos de Europa y a un nuevo ajuste de ellos, así como a una revolución moral e intelectual igualmente completa. Bueno. Este es un negocio gigantesco, un asunto colosal. Pero no creo que sea una cosa imposible. No creo, por ejemplo, que vayamos a recaer en la barbarie, como algunas gentes creen, con un vasto decrecimiento de la población y una reversión a los primitivos modos de vivir. No veo que haya de ocurrir así; pero...»

La conversación entra en seguida al terreno de los libros, grato tema para quien ha escrito y tan bellos:

«Sostengo que existe un gran futuro ante el libro del tipo serio, no novelístico, de discusión científica y sociológica, con tal de que esté escrito de un modo interesante. Esta clase de libros está cada vez más solicitada por el público. Tengo alguna experiencia en la publicación de novelas tanto como de libros no novelísticos. He

discutido siempre la idea de que la novela sea el mejor artículo del mercado. Cuando escribí «Anticipaciones» encarecí a los editores que considerasen que ese libro tendría una venta comparable con la de una novela popular, y que la tirada debería estar de acuerdo con esta idea. Ellos no se convencieron. Sólo se tiraron dos mil ejemplares de la primera edición, y la rapidez de su venta los sorprendió, agotándose el libro en una semana aproximadamente.»

Y más adelante:

«La lectura de las novelas—terminó diciendo Mr. Wells en una actitud reflexiva—debe dejar de considerarse como un mero pasatiempo. Eso estaba muy bien en los días de la Reina Victoria, cuando los lectores acostumbraban a dejar que la intriga de la novela desarrollase su corriente en momentos de cansancio. Era una cosa que caía tan fuera de ellos, que si se preguntaba de improviso a un lector de novelas típico de aquella época por la que estaba leyendo, lo más frecuente era que apenas pudiese decir quién era su autor. La lectura de las novelas caía muy por fuera del lector; era una cosa que tenía muy poca relación con la propia vida del que la leía. Hoy estamos menos satisfechos con nuestra manera de vivir, y buscamos en ellas más sugerencias y com-

paraciones; las novelas se han hecho una parte integrante de las actividades de la vida, y dejan de ser un modo de escapar a ellas. La novela moderna que es digna de ser leída queda absorbida como una parte del propio «yo» del lector.»

El periodista termina así su interesante entrevista:

«La entrevista había terminado. Al dejar al gran escritor pensé en sus días tempranos, en su clase de colegial primario, en sus diplomas del Real Colegio de Ciencias, en su título de bachiller en Ciencias zoológicas, y recordé la explosión de novelas científicas que iluminaron las indolentes sombras del fin de siglo. Recordé aquella curiosa mixtura de sueños y de sentido común: «Una utopía moderna», su propaganda socialista, tan intensamente personal; las guerras que predijo antes de la guerra; las paces que soñó mientras la guerra duraba, y, finalmente, la historia de la humanidad que Wells meditó después de la guerra, arrellanado en su sillón, mientras que el espectáculo de la Humanidad, presidido por el hombre Neanderthal, desfilaba con precisión perfecta en el asombroso cerebro de Wells, mientras el Támesis corría al otro lado de la ventana murmurando: «Los hombres vendrán y pasarán, pero Wells permanecerá eternamente». —S.

Un muerto ilustre: Sir Edmund Gosse

Recientemente ha fallecido en Londres el prestigioso escritor inglés Sir Edmund Gosse. He aquí la nota que la revista londinense *The bookman*, consagrada, como su nombre lo indica, exclusivamente al movimiento de libros, dedicó a Mr. Gosse:

«Uno de los pocos lazos que nos quedaban de la época victoriana se ha roto con la muerte, en el último mes, de Sir Edmund Gosse. Nació en 1849 y publicó su primer libro—un libro de poemas, *On viol and flute*—en 1873, cuando casi todos los grandes escritores victorianos, excepto Thackeray y Dickens, vivían aún y trabajaban. Publicó sus poemas coleccionados en 1911, y no hemos tenido ningún nuevo libro de versos suyos después de esa fecha. La historia de sus primeros años está contada en *Father and Son*, biografía rigurosamente verídica y encantadoramente simpática de su padre, el eminente zoólogo Philip Henry Gosse. Desde su niñez, como cuenta en esta biografía, Edmund Gosse se consagró a su oficio; pero antes del fin de *Father and Son* separóse de su camino y en Londres, cerca de los veinte años, estuvo buscándose a sí mismo y hasta inició una carrera distinta. Llegó a ser

auxiliar de la Biblioteca del Museo Británico, donde tuvo a Coventry Patmore y Richard Garnett como compañeros; en 1875 fué nombrado traductor del Departamento de Comercio y tuvo a Austin Dobson como su ayudante. Más tarde, fué, desde 1904 hasta 1914, Bibliotecario de la Cámara de los Lores; fué hecho C. B. (Cavalry Brigade) en 1912, y el grado de Comendador le fué conferido en 1925. Por lo demás, su historia es la historia de su labor en la literatura, como poeta, ensayista, biógrafo, conferenciante y crítico.

Su primer libro de prosa, *Northern Studies* (1879), fué seguido de las vidas de Gray, Congreve, Donne, Jeremy Taylor, Sir Thomas Browne, Patmore, Swimburne; y simultáneamente o después, salieron *Seventeenth Century Studies*, *The Jacobean Poets*, historias de la *Eighteenth Century Literature* y de la *Modern English Literature*; *French Profiles*, *Hen-*

rik Ibsen, *Two Visits to Denmark*, *Three French Moralists*, *Gossip in a Library*, *Critical Kit-Kats*, *Portraits and Studies*, y otros libros y ensayos, de los cuales los tres o cuatro últimos eran principalmente colecciones de esas admirables *causeries* semanales con que contribuyó al *Sunday Times* durante largo tiempo y hasta una o dos semanas antes de su muerte. Con un holgado conocimiento de la literatura y un firme juicio crítico, juntó la gracia y el encanto de un estilo que no siempre se ven marchar unidos; además, tuvo imaginación y, como Hazlitt, genio para el retrato literario, con lo que alcanzó su más alta y magistral expresión, tal vez, en *Father and Son*, pero que también empleó brillantemente en sus demás biografías y en algunos de sus ensayos, que contienen las descripciones más cordiales y permanentes que nos quedan de sus famosos contemporáneos, que fueron sus amigos. —S.

LITERATURA ESCOGIDA

PROSA

Enrique Molina, «Por los Valores Espirituales»... ..	\$ 5.—
«Dos filósofos contemporáneos. Guyau-Bergson... ..	10.—
Pedro Prado, «Un Juez Rural». Novela... ..	6.—
Pedro Sienna, «La Caverna de los Murciélagos». Novela... ..	6.—
Eduardo Barrios, «Páginas de un Pobre Diablo»... ..	6.—
«El Niño que enloqueció de Amor»... ..	4.—
Daniel de la Vega, «Las Instantáneas»... ..	6.—
Víctor Domingo Silva, «Palomilla Brava»... ..	6.—
«Golondrina de Invierno»... ..	5.—
J. Edwards Bello, «La Muerte de Vanderbilt»... ..	6.—
«Cuentos de todos colores»... ..	5.—
Armando Moock, «Sol de Amor»... ..	6.—
Luis Orrego Luco, «La Vida que pasa»... ..	3.50
Doctor Orrego Luco, «Notas de Viaje»... ..	6.—
Valdés Cange (Alejandro Venegas), «Por Propias y Extrañas Tierras»... ..	6.—

POESÍA

Armando Donoso, «Nuestros Poetas»... ..	10.—
Víctor Domingo Silva, «Sus Mejores Poemas»... ..	6.—
Pedro Antonio González, «Poesías»... ..	6.—
Eusebio Lillo, «Poesías»... ..	6.—
Pedro Sienna, «El Tinglado de la Farsa»... ..	6.—
José Asunción Silva, «Poesías completas»... ..	6.—
Amado Nervo, «Sus Mejores Poemas»... ..	6.—
Guerra Junqueiro, «Sus Mejores Poemas»... ..	6.—
Pablo Neruda, «Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada»... ..	6.—
Daniel de la Vega, «La Música que pasa»... ..	2.50
«Las Montañas Ardientes»... ..	2.50
«Los Horizontes»... ..	4.—
«Un Año de Inquietud»... ..	6.—

Para pedidos de provincias, agregar \$ 0.50 por tomo para remisión. Pidiendo tres títulos, se envía franco de porte. Remesa de fondos por anticipado en giro postal o letra bancaria a la orden de

LIBRERÍA NASCIMENTO

Ahumada 125 :: Casilla 2298 :: Santiago

